

3
PART
KODAK PRESENTS



Jennifer
JONES

★ William
EYTHE

LA CANCION DE
BERNADETTE

Mary
McDonald

CHARLES BICKFORD
Vincent Lee Jr.
PRICE ★ COBB



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18843 — Barcelona

LA CANCION DE BERNADETTE

Maravilloso asunto, de éxito rotundo

Argumento de
FRANZ WERFEL

Guión de
GEORGE SEATON

Productor
WILLIAM PERLBERG

Director
HENRY KING

Es un film



LA MARCA DE LOS CINCEPES TRADE

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Barcelona

Operador: Arthur Miller
Montaje: Barbara Mclean

Decorados: Thomas Litte
Vestuario: Rene Hubert

PRINCIPALES
INTÉRPRETES

Jennifer Jones · William Eytne · Charles Bickford
Vincent Price · Lee J. Cobb · Gladys Cooper

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. I. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

La canción de Bernadette

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Para aquellos que creen en Dios, no es necesaria ninguna explicación; para aquellos que no creen en Dios, no hay explicación posible.

La historia de Bernadette Soubirous, la humilde y misera niña que vivió en Lourdes en el pasado siglo, es una historia para los corazones que tienen fe, para las almas iluminadas por la luz que viene de lo alto, para todos aquellos que en el dolor, en la angustia, en la enfermedad, en la agudía del espíritu, alzan los ojos al cielo y creen, sin ver.

Bernadette vió... Su alma cándida de niña se arrojó en la Divinidad. Su historia, simple y sencilla como pudiera ser la historia de una florecilla silvestre que abre su corola al rocío de la mañana, se ofrece gorosa y deslumbrada a los rayos del sol y muere dulcemente cuando las sombras de la noche se ciernen sobre ella. Es la historia que vamos a contar. Es esta historia que ha de ser leída más con los ojos del espíritu que con estos ojos mortales que no son capaces de descifrar toda la belleza inmaterial, suave y grandiosa al mismo tiempo, de la vida de Bernadette Soubirous.

* * *

En el sur de Francia, cerca de la frontera española, agazapada en un re-

pliegue solemne y magnífico del Pirineo, la aldea de Lourdes se despertaba perezosamente a la luz gris de aquella mañana frígida del mes de marzo.

Llovía copiosamente. El sonido de las campanas anunciando el alba llegaba como opaco y apagado hasta los hogares donde las buenas gentes campesinas se arrebujaban entre mantas procurando hacer entrar en calor a los cuerpos ateridos.

En casa de Soubirous el silencio era sólo interrumpido por la respiración tranquila de los hijos, que dormían entre paja o sobre jergones pobres, y por el repiqueteo de la lluvia en los cristales rotos del ventanuco que dejaba entrar la luz macilenta y triste de la mañana a través de los hierros que le daban el aspecto de una prisión.

Sólo los padres dormían en el lecho matrimonial, lecho pobre, pero más acogedor que los canastros de los niños, tendidos en todos los rincones, dentro de aquella misma habitación que era a la vez cocina y comedor, dormitorio y estancia de toda aquella pobre familia que vivía en la más espantosa de las indigencias, porque muchos eran los hijos que tenían y poco el jornal que lograba ganar el bueno de Soubirous. No de voluntad hacia su familia, pero con poca suerte para el trabajo en aquella pequeña localidad en donde todos, o casi todos, eran pobres.

El tañido de las campanas despertó a Luisa, la madre, que, abriendo sus

ojos, escuchó por un momento atentamente para percatarse de que todos los niños dormían, y, luego, quedamente, casi en un susurro, llamó a su marido sacudiéndole con suavidad:

—¡Soubirous!... ¡Soubirous!...

El marido dió media vuelta, sin darse cuenta de que su esposa le llamaba, y se disponía a dormir de nuevo; pero ella le volvió a sacudir y repitió su nombre, añadiendo:

—¡Soubirous... despiértate! Si te levantas temprano, quizás encuentres algún trabajo en el pueblo.

Ya Luisa había saltado de la cama y se vestía a toda prisa, pero siempre en silencio, una gruesa falda de lana, cubriendo sus hombros con un mantón, porque el frío la hacía temblar. Su marido también se levantó, se acercó al hogar donde colgaban sus pantalones puestos a secar desde la noche anterior, metió los pies en los zuecos que también estaban al lado de la lumbre, y sonrió a su mujer, después de haber mirado largamente a los pequeños, Juan y Justo dormían en el suelo, sobre un haz de paja y María y Bernadette en un jergón. Soubirous y Luisa miraron a sus hijos, uno tras otro, y volvieron a cruzar sus miradas con una luz tan gris y tan triste como la que entraba por el ventanuco en aquella mañana lluviosa.

Luisa se acercó a la cama donde estaba Bernadette, que respiraba con fatiga y agitación, la arropó cuidadosa y solícita, le acarició la frente con suavidad, como si deseara tranquilizarla, y volvió al lado de su marido para ayudarle a ponerse la chaqueta y arrollarse al cuello la bufanda.

—Esta niña siempre respira así, con

angustia... ¡No estoy nunca tranquila con ella!—susurró la madre.

El padre hizo un gesto vago, se encasquetó la boina vasca y salió a la calle frotándose las manos, porque el frío se hacía sentir, aunque la lluvia había cesado ya. También a él le tenía preocupado la salud débil de Bernadette, pero más preocupado estaba por la falta de trabajo y la miseria que rodeaba a sus hijos.

Anduvo a paso largo y precipitado, para entrar en calor, por las calles tortuosas y empinadas del pueblo, solitarias a aquella hora primera de la mañana, invadidas de la dulce melancolía de unas nubes bajas y espesas que daban al paisaje tonalidades de nácar, envolviendo las montañas en jirones de niebla que quedaba prendida entre las ramas de los árboles y se recostaba en las laderas indolente y perezosa.

Se detuvo ante la panadería y contempló, a través del gran ventanal, cómo el panadero iba secando del horno, con su gran pala, los grandes panes dorados y crujientes, y los colocaba sobre la artesa para que se enfriaran. ¡Con qué gusto hubiera cogido un par de ellos y los hubiera llevado a casa para los niños! Pero se limitó a entrar en la panadería y preguntó con voz sencilla y humilde:

—¿No hay trabajo para mí, panadero?

—Buenos días, Soubirous—replicó el hombre, sin dejar de maniobrar en el horno.—No, no tengo trabajo para usted hoy. ¡Cómo quiere que pague jornal a nadie, si apenas me alcanza a mí para vivir! La gente ya no viene a la panadería... prefiere ir al pastelero, porque creen que es más fino... ¡Y la panadería se está quedando sola, sin

cliente! se lamentó el pobre hombre, no sin razón.

Luego, viendo que Soubirous se retardaba, le sugirió:

—¿Por qué no va usted al hospital? Quizá allí le den trabajo. Me han dicho que el criado que tenían para hacer los trabajos más pesados, se ha marchado a Tarbes... Yo de usted, probaría...

—¡Oh, claro que probaré! Gracias por la sugerencia... Voy corriendo antes de que otro me roja la plaza... ¡Adiós, y gracias!

Soubirous hizo lo que decía: salió corriendo de la tienda y corriendo llegó hasta el hospital.

El trabajo que le dieron era, por decirlo así, repugnante y peligroso, porque se trataba de recoger todos los algodones y gasas infectados por heridas purulentas e infecciosas y llevarlos, lejos del pueblo, a un lugar llamado Mazahiel, donde tenían que ser quemados a fin de que el contagio no pudiera propagarse.

A Soubirous no le entró escrupulo alguno por la tarea; pensó únicamente que podría llevar a casa algunas monedas y con ellas comprar abundante comida para sus hijos, y aquella idea parecía poner alas en sus pies y convertir en agradable perfume el hedor fétido que se desprendía de toda aquella podredumbre.

Hizo durante toda la mañana varios viajes desde el Hospital hasta Mazahiel, aquel lugar rocoso que se levantaba al lado del río y en el que había un gran despeñadero en el que se arrojaba toda la basura y se iba quemando lentamente hasta convertirse en cenizas. Y mientras ejecutaba la tarea, sonreía feliz ante la idea de la cara

de alegría que pondría Luisa, su esposa, al recibir en sus manos toscas y duras el jornal que él le entregaría íntegro para atender a las más perentorias necesidades de la familia.

Soubirous pensaba en sus hijos, pensaba que en aquella misma hora estarían en el colegio aprendiendo las nociones indispensables de religión y de buen comportamiento, las lecciones de lectura y escritura con las que formarían toda su enseñanza, porque ya muy luego sería hora de que se pusieran a trabajar para ayudar a los gastos, siempre crecientes, de la casa.

Efectivamente, en aquella misma hora las dos niñas estaban, con todas las muchachas de su edad, en la escuela que regentaban las Religiosas de la Caridad, y daban su lección a las preguntas de la profesora, una de las más severas y rígidas Hermanas que trataba a sus alumnas con energía y hasta con un poco de dureza, como si temiera que cualquier debilidad hacia ellas pudiera desviarlas del camino del bien, de aquel camino que la Hermana consideraba tenía que ser siempre el del sacrificio, de la renunciación y del dolor.

—Vamos a ver, Juana, ¿sabrás decirme por qué Cristo fundó la Iglesia?—preguntó a una de las alumnas, que, puesta en pie, como todas las mayores, contestó con acento resuelto:

—Cristo fundó nuestra Santa Iglesia para enseñar, conducir y santificar a todos los hombres.

—Muy bien, Juana. ¿Cuánto tiempo vivió Jesucristo entre los hombres?

—Jesucristo vivió entre los hombres durante treinta y tres años—contestó Catalina, a la que iba dirigida la

pregunta—. Y su vida transcurrió en una santa pobreza.

—Bien... pero has olvidado decir lo más importante, Catalina: que vivió en una santa pobreza y siguió el camino del dolor... No olvidéis nunca esto, hijas mías: sólo a través del dolor, del sufrimiento y de la abnegación podemos alcanzar el Reino de Dios si lo esperamos con fe. Veamos, Bernadette, ¿qué es la Santísima Trinidad? —siguió preguntando la Hermana, puesta en pie ante sus discípulas y mirándolas con unos ojos negros y tristes que brillaban con luz angustiosa en el fondo de sus órbitas.

Bernadette no contestó. Estaba con las manos a la espalda, un poco confusa y nerviosa, mirando a Sor María Teresa con sus ojos ingenuos y ausentes, como si no hubiera comprendido bien la pregunta.

—¿No me has oído, Bernadette? Te he preguntado quién era la Santísima Trinidad—insistió la Hermana.

—Sí, Hermana, he oído la pregunta, pero es que no sé... no he oído hablar nunca de ella.

—¿Que no has oído hablar de la Santísima Trinidad?—gritó la Hermana en tono de duro reproche.

—Quizá sí; pero no me acuerdo—contestó Bernadette con humildad.

—¿Me amanece, Bernadette! No acabo de comprender qué es lo que invade tu espíritu: no sé si es la herejía... la indiferencia... o únicamente la estupidez, esa estupidez que está reflejada en tu rostro y en el fondo de tus pupilas.

—Sí, Hermana, eso debe ser... Ya sé que soy estúpida y que mi cabeza no se ha hecho para estudiar... no me entran las cosas.

—Es inexcusable en ti, Bernadette, porque eres la mayor de la clase y deberías conocer el divino misterio de la Trinidad... Desde ahora será, en castigo de tu ignorancia, la última de la clase.

Bernadette bajó la cabeza con humildad. Tenía la seguridad de su estupidez, de su inferioridad, de su insignificancia, y su único deseo era no molestar, pasar inadvertida, que nadie se fijara en ella, que nadie se sintiera ofendido por aquella su falta de memoria, su nulidad de entendimiento, su absoluta ignorancia. Su hermana María se puso en pie y extendió la mano, con aquel gesto peculiar en todos los colegios para pedir permiso para hablar.

—¿Qué quieres, María? —Inquirió Sor María Teresa.

—Quería decir que mi hermana Bernadette estaba enferma el día en que se explicó en clase el misterio de la Santísima Trinidad. Que tiene que faltar muchas veces a la escuela, porque siempre está enferma—explicó la niña, en defensa de su hermana.

—¿Qué es lo que tiene?

—Creo que se llama asma... o algo parecido así... No puede respirar bien. El doctor Doreau dice que es asma. Algunas noches respira con tanta dificultad que hace así.

María imitó la angustiosa respiración de su hermana, y las niñas rompieron a reír con una espontánea carcajada, con esa facilidad a la risa que tienen todas las niñas cuando ya llevan algún tiempo de seriedad dentro de la clase.

—¡Silencio!—gritó la Hermana, imponiendo su rigidez—. La risa hace perder un tiempo precioso... Veamos,

Antofita, si tú sabes explicar a Bernadette quién es la Santísima Trinidad.

—En Dios hay tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, en una Esencia Divina.

La Hermana no tuvo tiempo de asentir, porque fueron interrumpidas en aquel instante por el Padre Peyramale, el Párroco del lugar, que iba a hacer la visita semanal a la escuela, con aquella su dulce hombría de bien que le había captado la simpatía y el cariño de todos los convecinos de Lourdes.

—Buenos días, Sor María Teresa—saludó el sacerdote, adelantándose por en medio del grupo de educandas.

—Buenos días, Padre Peyramale—replicó la religiosa, coreada por las niñas.

—He venido a ver a cuántas niñas están ustedes preparando para la Primera Comunión—dijo el Párroco, mirando a las chiquillas que le contemplaban con el más profundo respeto.

—Estas seis de la fila son las que se están preparando, Padre. Precisamente ahora estábamos dando clase de Catecismo.

—Muy bien, hijas mías... Para aprender el Catecismo precisa tener una gran fe y ser muy diligentes en su estudio. El Catecismo encierra todas las Verdades de nuestra Santa Religión. Y como sé que sois unas niñas muy estudiosas y muy buenas, os voy a dar una estampita a cada una para que podáis tenerla en vuestro cuartito y rezar ante ella vuestras oraciones. ¿Os gustan las estampas?—preguntó el Padre Peyramale, entregando una a cada niña, por turno, empezando por la que estaba en primer lugar de la fila.

—¡Oh, sí, sí que nos gustan!—exclamaron las niñas, cogiendo la estampita que el sacerdote les entregaba, mientras hacían una profunda reverencia y daban las gracias conmovidas.

—Rezad mucho, hijas mías, porque la fe es la que conduce al fin de nuestra existencia, que es la Gloria eterna. Rezad y, cuando seáis mayores, cuando los años os hayan enseñado todo lo que la vida presenta contiene, veréis que el estudio del Catecismo ha sido para vosotras no sólo la enseñanza de los principios de nuestra Religión, sino toda su doctrina maravillosa, aquella doctrina que Cristo, hecho Hombre, bajó a enseñarnos para nuestra salvación, la doctrina que os guiará a través de toda vuestra existencia, como verdaderas seres humanos, buenos, comprensivos, caritativos y abnegados, siempre dispuestos a ayudar al prójimo, siempre dispuestos a sacrificarse por los demás, como Jesucristo se sacrificó por todos nosotros.

Así había hablado el Padre Peyramale, mientras daba una estampita a cada niña, entregando la última a Bernadette, una estampita representativa de la Sagrada Familia en el Portal de Belén, una estampita de aquella época, rodeada de una orla de encaje picado en el mismo papel, que Bernadette tomó entre sus manos con verdadera emoción, conmovida por aquel obsequio que era la máxima ilusión de su sencilla existencia.

Pero Sor María Teresa intervino, con la austera rigidez de sus palabras:

—Padre, esta niña no se merece tal premio y, si se lo dierais, sería un mal ejemplo para las otras, porque todas han estudiado su lección de Catecismo, todas, menos ella.

—¡Oh, qué lástima! Lo siento, pequeña—murmuró el Padre Peyramale, volviendo a guardar la estampa—. Esto será un acicate para que estudies mejor otro día...

Bernadette miró cómo la estampa volvía a quedar entre las hojas del libro del párroco, bajó los párpados entristecida y, sin decir una palabra, sintió que su pobre corazón se inundaba de amargura.

Al mediodía, Soubroux llegó a su casa sudoroso, pero contento, con una alegría un poco fingida, pero haciendo todo cuanto le era posible para dar a su mujer la sorpresa de aquellas monedas que había logrado ganar con el esfuerzo de su trabajo.

—¿Has encontrado trabajo hoy?—le preguntó Luisa, que adivinó en seguida, por la expresión de su rostro, que era portador de alguna novedad.

Soubroux no contestó, alargó la mano y depositó en la de su mujer las monedas.

—¡Oh, espléndido! ¿Dónde las has ganado? ¿En el horno?

—No.

—¿Dónde? — insistió ella, contando las monedas.

—¡Oh... no me lo preguntes!—replicó el pobre hombre, bajando la cabeza avergonzado.

—Supongo que no las habrás mendigado—murmuró Luisa con leve reprocho, porque dentro de la miseria en que vivían no quería perder su dignidad.

—¡Peor!—contestó Soubroux en un suspiro—. Las he ganado azarreando toda la inmundicia del hospital hasta Masabiel, para quemarla allí. ¡Esa es la clase de trabajo que tu marido ha encontrado! ¡Así es como me he de

ganar la vida. Luisa, yo, yo que había sido el mejor molinero de toda la comarca, el que había hecho la harina más fina y más apreciada! ¡Y ahora me tengo que ver aquí, en este barracón inmundo que parece una cárcel, tirando de frío y de hambre... y, lo que es peor, viendo titilar de hambre y de frío a todos mis hijos... y a ti, que siempre has sido tan buena conmigo! Esta casa no sería buena ni para un ladrón, ni para un asesino... pero es buena para mí y para mi familia... Aquí nos hemos de morir de frío en invierno y achicharrados en verano... Aquí la enfermedad nos coartará y acabará con nosotras... Pero... ¿a quién podemos importar? ¡Nadie se preocupa del pobre molinero ni de su familia!

Se tiró sobre el lecho y se arropó con la cubierta, porque el frío lo aturaba. Sabía que había poca comida y prefería que los hijos se aprovecharan de ella. Por eso prefería dormir, o fingirse dormido, mientras los demás comían el frugal almuerzo.

Bernadette entró acompañada de su hermana y de Juana, que venían de la escuela.

—Ven, Juana, de golpe, que ya está la comida en la mesa—exclamó Bernadette, mientras explicaba a su madre:— Nos hemos retrasado porque Juana me ha estado explicando la lección. ¡Me cuesta tanto aprenderla! Y ahora cada día me ayudará a estudiar para que pueda hacer la Primera Comunión este año, con todas las damas.

—Bien, bien... pero ahora sentaos, que es muy tarde.

—Yo te ayudaré, mamá, porque no tengo ni pizca de apetito. Serviré a los chicos mientras tú lo haces con

los demás—dijo María que, como era la mayor, sabía ya mentir piadosamente a fin de que sus hermanos tuvieran más alimento, puesto que eran menores y lo necesitaban más.

Los dos niños, que también habían llegado del colegio, se sentaron precipitadamente, porque el hambre los acusaba, y justo, santiguándose, murmuró entre dientes:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, el que coma más de prisa tendrá más y quedará más harto.

—¿Qué dices, Justo? — exclamó la madre, reprendiéndole.

—Debiera darte vergüenza hacer burla de las cosas sagradas—dijo Bernadette.

—¿Quién te ha enseñado eso?—inquirió Luísa, disgustada.

—Te irás al infierno, si dices esas herejías—aseguró María.

—Al fin y al cabo no he dicho nada que no fuera verdad. He dicho: —replicó el niño, dispuesto a repetir la frase.

Pero su madre le interrumpió:

—Los gorrinos tienen mejores modales y van más limpios que tú. Levántate de la mesa y ve a lavarte antes de empezar a comer—gritó Luisa, para interrumpir la conversación y evitar que sus hijos se pelearan.

—¿Os queréis callar! ¡No hay medio de dormir con tanto barullo! — dijo Souhroux, dando vueltas en el lecho.

—Perdónanos, papá—replicó Bernadette, que era, entre todos, la más humilde y dócil.

—¿Hace un frío espantoso en esta habitación! ¿Quién quiere vivir al fuego?—preguntó Souhroux.

—No tenemos leña—contestó en mujer.

—¿También tendrás que ir yo al bosque a por leña? ¡Trabajo todo el día como un mulo; no pido nada más que un poco de calor en mi propio hogar, y ni siquiera hay un poco de leña para poder calentarme! ¿Es que soy yo el que tiene que hacerlo todo en esta casa?

—No, papá, no te apures... Ahora mismo iré al bosque a buscar un fajo de leña—murmuró María.

—¿Me dejas ir con María para ayudarla, mamá?—preguntó Bernadette.

—No, no, no... Tú no puedes hacer esos trabajos... Ya sabes que te pones enferma al menor esfuerzo.

—Pero, mamá... me abrigaré bien... Déjame ir... insistió Bernadette, que quería prestar algún servicio en la casa como hacían sus hermanas.

—Bueno, sea, pero abrigate y no cometas ninguna imprudencia.

—Mamá... déjame ir a mí también—rogó Justo, a quien le gustaba mucho trincar por bosques y laderas como si fuera una cabra montesa.

—No; tú no irás hoy.

—Por favor, mamá, déjame ir—insistió el niño.

—No; tú te quedarás en casa y te pasarás la tarde pidiendo perdón a Dios por la falta de respeto que has cometido burlándote de las cosas sagradas.

El niño, acorralado, se acomodó en un rincón, cerca del hogar.

Por la puerta entreabierta llegó la voz desolada de Croisine, la vecina de los Souhroux, que gritaba llorosa:

—¿Luísa... Luísa!

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?—inquirió Luísa, corriendo a la puerta en el

momento en que llegaba a ella la vecina.

—¡Luisa... por favor... el niño, es el niño que vuelve a estar con aquellas convulsiones terribles!... ¡Ayúdame, Luisa! ¡No sé qué hacer con él! ¡Ayúdame!

—¡Cálmate, Croisne!... Voy contigo en seguida... No será nada... No te asustes, mujer—la consoló Luisa, cubriéndose los hombros con un mantón y saliendo rápidamente, seguida por la desolada madre, mientras decía a sus hijas:

—¡Que volváis antes de que anochezca! ¡Que no coja frío Bernadette!

—Está bien, mamá — replicaron las niñas.

Juana, la amiga fraternal, echó a correr velosamente, gritando a las dos hermanas.

—¡Vamos, pronto!... ¡La que llegue última al puente, pierde!

Corrían las tres a todo correr, pero Juana y María consiguieron pronto llevar una gran ventaja a Bernadette, que no podía correr demasiado porque la fatiga la retenía. Las tres reían mientras triscaban en dirección al río. Las dos mayores reían con una risa juvenil, franca, optimista. Llena de toda la despreocupación de la infancia, Bernadette reía tímidamente, siempre con aquel complejo de inferioridad que la dominaba, mientras cada vez se iba quedando más a la zaga de sus hermanas, acabando ya por no esforzarse en correr, porque ya sabía ella que, como siempre, perdería en aquel desafío infantil.

Llegó al puente cuando ya sus hermanas hacía mucho rato que lo habían cruzado, a aquel puente rústico construido con unos troncos de árbol, que

se tendía frente a la casa de madame Nicolau, una buena mujer que sentía predilección por la menor de las hijas de los Scubirous, a la que encontraba dulce y buena como un corderito.

Asomada a la puerta de la casa, madame Nicolau vió a Bernadette que vacilaba antes de cruzar aquel puentecillo que siempre le daba vértigo, y la llamó con voz amiga:

—¡Bernadette... buenos días!

—¡Oh... buenos días, señora Nicolau!—replicó la niña, contenta de poderse detener y cobrar aliento sin mostrar su debilidad.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien, muy bien, gracias. ¿Y su hijo... Antonio, cómo está?—preguntó Bernadette.

—¡Magnífico! Gracias—replicó una voz varonil, que descendía del tejado, donde Antonio estaba arreglando unas tejas—. ¿Y la señorita Bernadette, cómo está?—añadió el muchacho, un muchachote fuerte y garrido que brincó con agilidad del tejado al suelo, deslizándose por las ventanas de la casa, como si fuera un gato, y llegando al lado de la niña con unos saltos de potro puesto en libertad.

—Yo estoy bien, gracias, Antonio... pero no puedo detenerme, porque mis hermanas me llevan mucha delantera y luego se burlarán de mí... ¿Puedo cruzar el puente?

—Claro que sí... Ya sabes que puedes hacer uso de él siempre que quieras, pero déjame que te ayude a cruzarlo... No es muy seguro, ¿sabes? Se tambalea a cualquier movimiento y se necesita una cabeza firme para pasarlo sin miedo. Dame la mano...

Así, como dos niños, el mocetón y

la chiquilla, cogidos de la mano, cruzaron el puente en silencio.

—Gracias, Antonio—murmuró Bernadette, para la que el hijo de la señora Nicolau era un hombre de respeto, aunque no contaba todavía los veinte años.

—¡Adiós, Bernadette!—murmuró Antonio, siguiendo con sus ojos de adolescente que despierta a la vida, la gracil figurilla de la niña que se perdía a lo lejos, en dirección a las márgenes del río.

—Se está convirtiendo en una muchacha muy bonita, ¿no?—murmuró la señora Nicolau, viendo a su hijo ensimismado en aquella contemplación.

Antonio asintió en silencio y volvió al tejado a continuar su trabajo, mientras la señora Nicolau sonreía para sí, contenta de aquello que a ella le parecía descubrir en el alma de su hijo, aquello que, de poderse convertir en realidad, la colmaría de dicha, porque la hija de los Soubrinaux llenaba todas sus aspiraciones de madre.

Bernadette, entretanto, corría en busca de su hermana y de Juana, llamándolas a gritos, puesto que no divisaba en parte alguna sus figuras.

—¡María! ¡Juana! ¡Marisanti! ¡Juana!

Nadie le contestaba y Bernadette comenzó a coquear alada, abogándosele la voz en la garganta al quererla llamar de nuevo.

—¡María!

Las dos niñas, que se habían escondido, saltaron ante ella, riendo a carcajadas.

—¡Vaya gusto que me habéis dado! ¡Pensé que erais el mismísimo demonio!—exclamó Bernadette, no repuesta de su sobresalto.

—¡Tenías que haber visto la cara que has puesto!—rió María, divertidísima por el susto que habían dado a Bernadette.

—No eras nada más que ojos y boca—añadió Juana, riendo a su vez.

—También vosotros os habierais asustado—se disculpó, sencillamente, Bernadette.

—Al otro lado del río encontraremos mucha leña... Anda, vamos—insistió Juana, que por ser la mayor era la que tenía que dar las órdenes y llevar la voz cantante.

—Tendremos que vadear el río.

—Sí... viene muy bajo... Anda, quitate las medias y los zapatos y crucémelo ahora mismo.

Juana y María se sentaron sobre una roca y se dispusieron a descalzarse, porque les entusiasmaba la idea de cruzar así el río; pero Bernadette las reprendió:

—Todo ese bosque es propiedad particular y si cogéis leña os llamarán ladronas.

—La leña es de todo el mundo...

—No seas tan miedosa, Bernadette!

—¡Vamos, María!—dijo Juana, lanzándose al agua, con la falda recogida hasta más arriba de las rodillas—¡Oh... qué fría está!... ¡Está helada!—gritó, corriendo y salpicando en torno suyo con gotas heladas por la luz del sol.

María la siguió, gritando también y dando saltos, porque el agua estaba realmente, tan fría que parecía que mil alfileres se clavaban en sus pies y piernas ágiles como los de una corza.

Bernadette se quedó sentada sobre una roca, contemplándolas, y, luego, queriendo imitarlas, quiso también quitarse sus medias; pero María le gritó desesperadamente:

—¡No no, Bernadette, no te descalces!... ¡Tú no puedes cruzar el río! ¡El agua está helada y te vas a enfriar! ¡Acuérdate de lo que te ha dicho mamá!

—No me enfriaré...

—¿No?... ¡Largo al asma no te deja respirar y me tienes a mí despierta toda la noche con tu dichosa fatiga!...

—Puede que podré ir saltando de roca en roca, sin tocar el agua—insistió Bernadette, que quería ir con sus hermanas, porque le daba mucho miedo quedarse sola.

—Si... saltando de roca en roca hasta que te caigas al río y entonces tomes un baño completo.

—Si para esto no vengas luego a pedir mi ayuda—añadió Juana, para disuadir a Bernadette de aquello que ella estimaba era un verdadero disparate.

—Pero si luego me seco bien los pies... no me enfriaré—persistió Bernadette.

—Quédate ahí, que no te necesitamos... Espéranos... Vamos, María, vamos a recoger leña antes de que oscurezca.

—Pero tres personas pueden sacar más leña que dos—dijo Bernadette, cuya máxima ilusión hubiera sido poder ser útil a su familia.

María y Juana ya no le contestaron, porque corrían internándose en el bosque en busca de leña.

Bernadette miró a su alrededor. Estaba completamente sola. Masabiel se levantaba ante ella, con sus rocas grises, calcáreas, de extrañas formaciones que adquirían el aspecto de una cueva de las edades primarias. Se sentó de nuevo sobre una roca, meditó un momento y luego comenzó a quitarse

las medias; si luego se sacaba bien los pies no era posible que se enfriara; el caso era ayudar a María y Juana en aquella tarea pesada de recoger leña y estar en haces para transportarla a casa.

De pronto, un viento fuerte agitó con fuerza el zarzal que había tras ella, el zarzal que crecía entre la roca y por la roca se encaramaba. Bernadette se detuvo y miró en torno suyo, llena de estupor. El viento se calmó y ella continuó quitándose sus medias, con un gesto lento, pensativo, como si alguna fuerza superior obrara sobre ella y no la dejara actuar con entera libertad.

Otra vez la zarza se agitó con furiosa vientos; y de nuevo Bernadette dejó su tarea para quedarse escuchando, como si oyera algo que viniera de lejos, como si voces misteriosas le hablaran al alma. Se levantó lentamente y se encaminó hacia la gruta por la que las zarzas trepaban formando una bóveda de flores y de espinas. Su rostro inocente y bueno quedó iluminado por una luz celestial. Bernadette miraba al cielo asombrada, con una mirada vaga y honda al mismo tiempo. Todo era silencio en su alrededor, pero en la expresión inefable del rostro de Bernadette había algo tan extraordinario, tan espiritual, que parecía estar escuchando la más sublime de las sinfonías.

Como llevada por una mano invisible, Bernadette se fué acercando a la gruta, mientras el viento se azafaba de nuevo, y se quedó suspendida ante la visión que descubrían sus ojos: una Dama hermosísima, toda resplandor y blancura, se destacaba en el fondo gris de la roca; iba vestida con una túnica

blanca y, sobre sus pies descalzos, dos rosas despedían maravilloso aroma. La Dama miraba a Bernadette dulcemente, le sonreía, y la niña, sin miedo, acompañada, transportada por aquella belleza incomparable que por primera vez descubría su mirada atónita, sonreía también a la Desconocida.

Bernadette, como en un sueño, se arrodilló, sacó de su bolsillo el rosario, repasó sus cuentas e hizo sobre su frente la señal de la Cruz, sin apartar sus ojos de la maravillosa visión.

Y así se quedó, extática, entusiasmada, mirando siempre a aquel punto fijo donde ella descubría a la hermosa Señora, sonriendo a la visión, sintiendo que su espíritu se elevaba por encima de todas las miserias y que su cuerpo se espiritualizaba hasta llegar a no sentirlo.

Desde el otro lado del río Juana y María la llamaron:

—¡Bernadette!... ¡Bernadette!

Venían cargadas con grandes haces de leña y querían que Bernadette las esperara en la otra orilla, para ayudarlas.

Pero Bernadette no las oía; ella sólo escuchaba aquella música que venía de un más allá; ella sólo veía a la hermosísima señora, toda blancura y resplandor, que le sonreía desde el fondo de la roca de la gruta de Massabiél.

María gritó con voz más alta, pero viendo que Bernadette no contestaba, arrojó unas piedras en su dirección, pero la niña no se daba cuenta de nada.

—¡Bernadette!... ¡Eh... Bernadette! —volvieron a gritar, cruzando de nuevo el río y llegando a su lado.

—Pero, ¿qué estás haciendo? ¡Bernadette! —dijo Juana, asustada ante la

actitud de la niña que continuaba arrodillada y arrobada por la visión.

—Puede que esté muerta... —murmuró María, llena de miedo—. ¡Madre santísima, si su alma la hubiera matado, sin saberlo nosotros!

—¡Bah, no digas tonterías! Si estuviera muerta se hubiera caído al suelo. ¿A quién has oído decir que los muertos puedan estar arrodillados?—arguyó Juana, que tenía más experiencia de la vida.

—Entonces... ¿por qué no nos habla?

—Porque se quiere burlar de nosotras. Ya verás cómo la voy a asustar... ¡Bernadette!—gritó Juana a tiempo que arrojaba de nuevo una piedrecita contra ella.

Bernadette volvió la cabeza y miró en torno suyo como si volviera a la tierra desde un país muy distante.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Eso es lo que decimos nosotras, ¿qué pasa?

—Pensé que estabas muerta —dijo María, que aun estaba asustada por aquella idea.

—Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote. Vámonos, que hemos de llegar a casa antes que sea de noche.

—Voy en seguida...—dijo Bernadette, quitándose las medias rápidamente y disponiéndose a cruzar el río para cargar con uno de los haces de leña.

—¡No, no, no te metas en el agua! Sigue por esa orilla y nos encontraremos en el puente—le dijo María.

Bernadette ya se había metido en el agua, sin reflexión ninguna:

—¡Sea unas charlatanas!—dijo—. El agua está templada, casi caliente, como la de lavar los platos...

—¿Estás loca!— ¡Si el agua está helada!

—O sea seguro que no lo está... Yo la noto calentita, calentita y da gusto andar por ella — aseguró Bernadette riendo y llegando al lado de sus hermanas con toda la falda mojada, porque apenas habíase tomado la molestia de recogerla.

—¿Qué hacías allí arrodillada, delante de las rocas?—le preguntó María.

—¿No la habéis visto?—replicó Bernadette, extrañada.

—¿A quién? ¿Quién estaba contigo en la cueva? ¿Ha venido alguien a hacerte compañía... y ahora estabas pidiendo perdón a Dios?—preguntó Juana, asustada.

—¡Juana! — exclamó Bernadette con acento de reproche, sintiendo que la ofendía en lo más íntimo de sus sentimientos aquella sospecha brutal.

—Vamos... dínos quién era — rogó María, que no tenía aún la suficiente picardía para haber comprendido las palabras de Juana.

—Bueno... si os lo digo tenéis que prometerme, tenéis que jurarme que no lo diréis a nadie—dijo Bernadette—. Si mamá lo sabe, os castiga de pegarme... ¿Me lo juráis?

—Te lo juro—replicó María, irreflexiva.

—Yo te lo prometo, pero no te lo juro—añadió Juana, más juiciosa y reflexiva que María—. Jurar es pecado mortal, y tú no querrás que yo cometa semejante falta en vísperas de hacer mi Primera Comunión... Vamos, dínos quién era...

Bernadette las miró con aquellos ojos puros, inocentes y buenos que eran el único galardón de su rostro lo-

significante, y les dijo, con una inefable sonrisa en los labios:

—He visto a una Señora, toda vestida de blanco...

—¿Una señora...?

—Sí... Llevaba una túnica blanca y una gran banda azul en torno a su cintura, y sobre cada uno de sus pies descalzos brillaba una rosa de oro. ¡Nunca había visto una cosa tan hermosa en toda mi vida!

—¡Oh... qué locura! ¿Qué podía hacer una Señora tan hermosa en este lugar solitario y feo?

—No sé—replicó Bernadette con la mayor ingenuidad—. Pero estaba allí, os prometo que estaba allí.

—Vamos... no digas más tonterías...

Coge esta haz de leña, que es el menos pesado, y vámonos a casa.

—Cogeré ésta, que es el mayor... Vosotras las habéis traído desde el bosque y debéis estar muy cansadas, mientras que yo no siento la menor fatiga...

Cargó con el haz, como si cogiera una paja, y echó a correr delante de sus hermanas con tal agilidad que pronto las dejó a la zaga. Llevaba en su corazón una emoción tan grande por lo que acababa de ver, que parecía no sentir ni el peso ni el cansancio, como si fueran los ángeles los que transportaran a la niña en sus alas y la hicieran volar a ras del suelo, sin pisar los abrojos del camino.

En casa, los padres estaban esperando a las niñas. Luisa y su marido estaban hondamente preocupados. Ni él ni ella encontraban trabajo productivo que les ayudara al gasto de la familia y, precisamente aquella misma tarde, la señora Millet, la mujer del cochero de la diligencia, había dicho que ya no

podría dar a lavar a Luisa la ropa, pues los negocios iban mal y ella misma haría el trabajo.

—¿Cómo podremos comprar comida para nuestros hijos, si nadie nos da trabajo y no logramos ganar dinero?—murmuró Luisa con desaliento.

—No sé—replicó Soubirous, que no estaba menos preocupado que su mujer—. Toda la tarde estoy pensando lo mismo y no acierto a hallar una solución.

En aquel momento entró Bernadette, con el gran haz de leña sobre su cabeza, riendo gozosa y sin mostrar cansancio, con la respiración natural del que acaba de dar un corto paseo.

—¡Bernadette! ¿Dónde te habías metido?—inquirió la madre—. ¡Estaba muerta de angustia pensando en ti, hija mía!

—Hemos ido al bosque, mamá... ¡Traemos tres haces de leña! Así habrá para muchos días y papá no tendrá frío.

—Hay otras muchas cosas que hacer menos pesadas que recoger leña. Podías haber barrido, o acarreado agua del aljibe.

—Voy a buscar el agua en un minuto—replicó Bernadette cogiendo un gran posal y corriendo hacia el pozo.

—¡Bernadette! ¡Bernadette... no corras así!—gritó su madre, asustada.

—Déjala, mamá... ha venido así todo el camino... Ninguna de nosotras ha podido alcanzarla—dijo María, que llegaba con su leña a la espalda, cubierta de sudor y fatigosa.

—Luego toserá toda la noche y tendrá un ataque de asma.

—¡Oh, mamá, Bernadette está excitada y contenta porque dice que ha visto una Señora en Massabiél, una Se-

ñora muy hermosa, vestida de blanco con una gran banda azul en torno a su cintura y unas rosas de oro a sus pies!...

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Es lo que nos ha contado Bernadette.

—¡Rosas de oro a sus pies!—replicó Luisa, meditando.

—Sí... Dice que la Señora estaba sobre una roca, en la gruta de Massabiél, que la miraba sonriente, que llevaba un rosario de perlas con un gran Crucifijo de oro y...

—¡María...!—murmuró Bernadette, de regreso, contrariada y vergonzosa.—Me habías prometido no decir nada a nadie...

—Mamá me preguntó...

—¿Qué son todas esas locuras que me estás contando María?—inquirió la madre, acariciando a Bernadette por temor a que fuera la fiebre la que la hubiera hecho creer en todas aquellas visiones.

—Te prometo, mamá, que es verdad... En la gruta de Massabiél estaba la Señora más bella que mis ojos han visto jamás.

—¿Una Señora...? ¿Qué Señora...?

—No sé, mamá... De pronto la vi ante mí, me sonrió, y... luego desapareció sin que yo sepa por dónde se fue.

—¡Oh, todo esto no son más que locuras, Bernadette...!

—No, mamá, no, no son locuras... Estaba allí... Su rostro era resplandeciente de hermosura... y sólo mirarla era ya el mayor de los placeres de la tierra...

—Soubirous... ¿oyes lo que está diciendo la niña?—murmuró Luisa, mirando a su marido.

—¡Claro que lo digo...! Y también sé por qué lo dice... porque se quiere dar importancia contándonos ese cuento de hadas... ¡Rosas de oro en los pies! ¡Bah...! ¿Qué Señora, por muy rica que sea, llevará rosas de oro en los pies?

—No, papá, no... ¡no es un cuento de hadas! He visto a esa Señora, te lo prometo... ¡la he visto!—protestó Bernadette con insistencia.

Unos golpes dados en la puerta de entrada interrumpieron la conversación.

—¡Adelante!—dijo Soubirous, abriendo la puerta.

Eran Croisino y su marido que llegaban con las manos llenas de comestibles: salchichones, pan, queso y una cesta repleta de botellas de vino, carne, legumbres y verduras.

—Todo esto es para vosotros—dijo la mujer con los ojos llenos de lágrimas.— Hoy Luisa ha salvado a mi hijo y os traemos esto que puede os haga falta...

—Comparado con la vida de un hijo, bien poca cosa es—murmuró el marido con rústica amabilidad.

—¡Oh...! Pero... pero no podemos aceptar tanta cosa...—dijo, con voz temblorosa, la desdichada Luisa, que sentía una dicha muy grande invadirle el corazón ante todo aquello con lo que podría saciar el hambre de sus hijos.

—Es el único medio que tenemos para demostrar nuestro agradecimiento. Por favor, aceptadlo...

—Bien... si nuestros amigos son lo bastante buenos para ofrecernos todo esto... justo es que nosotros lo aceptemos—dijo Soubirous, cogiendo el salchichón y oliéndolo con verdadera

delectación, porque hacía mucho tiempo que ni de cerca había visto tan sabroso alimento.

—Pero... si vosotros lo necesitáis tanto como nosotros—arguyó Luisa, secándose las lágrimas que le brotaban a raudales de sus ojos agradecidos.

—No... Es que ha llegado mi tía de Vigar y ha traído grandes provisiones... Lo único que queremos es que vosotros compartáis con nosotros esta abundancia que no se presenta todos los días.

—¡Que Dios os bendiga! ¡Tenemos comida para muchos días! ¡Que Dios os bendiga!—exclamó Luisa, hondamente conmovida.

Todo fueron alegría, abrazos, comentarios dichosos. Los niños miraban el contenido de la cesta y se relamían las labias. Soubirous pensaba en las magníficas tortillas que Luisa haría con los huevos y las salchichas. Y la misma Luisa sentía ya el estómago regocijado, porque ahora hasta ella podría comer, sin la pena de quitarlo de la boca de los niños.

Una nueva sorpresa les esperaba todavía. Cuando estaban en plena alegría por todo lo que el matrimonio Croisino acababa de llevarles, llegó Lois, un viejo jornalero amigo de Soubirous.

—¡Oh, qué alegría verte en estos momentos!—exclamó Soubirous, estrechándole con fuerza la mano.— ¿Qué te trae por aquí, viejo sorro?

—Vengo porque... ¿Tú conoces a Dutrelus?

—Sí, el mozo de cuadra de Cazeneuve, ¿no?

—El mismo. Un caballo le ha dado una coz y le ha roto la pierna por tres sitios distintos.

—¡Oh, pobre, qué pena! — exclamó Luisa.

—¡No...! ¡Qué alegría! — corrigió el recién llegado.

—Vamos, no digas cosas malas, que ya sabemos que no las dices — afirmó Souhroux.

—Malo para él... pero bueno para ti... porque Casenave te ofrece el puesto mientras esté enfermo Durrelux, y te pagará dos francos diarios más la comida; y yo te aseguro que en casa de Casenave siempre se come caliente.

—¡Oh, Souhroux! — exclamó Luisa en tono de gran satisfacción.

—Vamos, mujer... no te sorprendas... Después de todo hace ya tiempo que le tenía pedido trabajo a Casenave... Y ahora de establo no es una cosa muy halagüeña para un molinero... Pero los tiempos no están para andarse con remilgos... Dile a Casenave que acepto la oferta.

—Estaba de ello seguro de antemano y me ha dicho que te espera mañana, a las cinco de la mañana.

Saló aquel mensajero y Luisa se abrazó, llorando, a su marido.

—¡Lagrimillas a estas alturas, mamá? — preguntó el buen hombre, que no se sentía muy seguro de sí mismo.

—Son de felicidad — murmuró Luisa, secándose los ojos.

—También yo soy feliz, mujer... ¡Y hoy podemos celebrarlo! Os quedaréis a cenar con nosotros — añadió, mirando a Guisane y a su marido que compartían con ellos aquella dicha inesperada.

—No, no... otro día... — se excusaron ellos.

—Ha de ser hoy... Mi situación ha cambiado de pronto: tengo comida... y un empleo. ¡Puedo invitar! ¿No he

aceptado yo vuestros huevos? ¡Pues bien podéis vosotros comer de la tortilla que con ellos haremos! Conque... lo dicho: os quedáis a cenar con nosotros... ¡Niñas, ayudad a vuestra madre! ¡Qué encantada tortilla de salchichas vas a hacer, mamá...! — dijo, abrazando de nuevo a Luisa, que corrió a preparar la cena para abasquilar a sus amigos.

* * *

—¡Mamá...! ¡Mamá...! ¡Mamá...!

María llegó corriendo a casa, como una loca, poseída de un terror que vibraba en sus palabras y se reflejaba en sus ojos. Estaba sin aliento para poder hablar y su rostro tenía una palidez cadavérica.

—¿Qué pasa...? — preguntó Luisa, cogiendo angustiosa a su hija por un brazo.

—Bernadette... Bernadette... — murmuró María, casi sin poder articular palabra.

—¡Habla...! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Bernadette? ¿Qué tiene?

—No sé... estaba como muerta... Blanca como la cera... sin hablar... como dormida...

—¿Dónde está? ¿Dónde está? — preguntó la madre, alocada ante aquellas palabras, echándose el mantón sobre los hombros y saliendo a la calle desesperadamente, llevando de la mano a María para que le fuera explicando lo ocurrido.

—La han llevado a casa de madame Nicols...

Luisa corrió hacia allí. Todas las mujeres del pueblo, por el que la noticia había corrido rápidamente, iban

en la misma dirección y ya se había formado una gran barrera de gente ante la puerta de la casa de madame Nicolan, donde Bernadette había sido transportada por los robustos brazos de Antonio.

—Mamá... yo creo que no será nada... porque ya abre los ojos—dijo el muchacho, depositando sobre un sillón su dulce carga.

Madame Nicolan se acercó a la niña y le pasó la mano por la frente.

—¿Te encuentras mejor? — le preguntó con maternal ternura.

—Sí, gracias, estoy bien...—dijo la niña, sonriendo.

—Voy a darte un poco de leche caliente... Debes haber cogido frío.

—Gracias, pero no necesito nada... No tengo nada... Estoy bien—repitió Bernadette con dulzura.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?—le preguntó Antonio, que se había arrodillado a sus pies y la miraba con la misma veneración con que contemplaría a una santa.

—La Señora ha estado allí mucho rato... y me ha hablado—susurró Bernadette.

—¿Te ha hablado...? ¿Y qué te ha dicho?—preguntó Antonio, bebiendo las palabras de la niña.

—Me ha dicho: "Tienes que venir a verme durante quince días". Y luego ha añadido: "No puedo prometerte la dicha en este mundo, pero sí en el otro..."

Fuera, en la calle, la multitud seguía creciendo, atraída por la noticia. Las niñas de la escuela se habían enterado de la visión de Bernadette, incluso habían ido con ella hasta Massbiel para ver si alguna conseguía ver también a la hermosa Señora, y, aunque ningun-

na la había visto, todas hablaban contemplando el transporte de Bernadette que aseguraba una y otra vez que la Señora estaba allí, entre las zarzas y sobre la roca.

Luiza y María tuvieron que abrirse paso por entre aquella barrera humana que obstruía la entrada de la casa de madame Nicolan. La madre entró llamando desolada a su hija:

—Bernadette... Bernadette... ¿Estás bien, hija mía?

—Sí, mamá... Si no me ha pasado nada... No hay por qué preocuparse...

—¿Que no hay por qué preocuparse? ¡Han venido a darme un susto de muerte... y dices que no me preocupes! He dejado en el fuego la comida de tu padre y he corrido por las calles como una loca, creyendo encontrarte muerta o poco menos... y te encuentro aquí, tranquilamente sentada en esa silla, como una princesa en su trono...—dijo Luiza, exaltándose por momentos.

—¡Oh, no rílas a la niña, porque es un ángel de Dios!—intervino la señora Nicolan, que tenía fe en Bernadette.

—¡Un ángel...! ¡Sí es el habersefreir de todo Lourdes!

—Vamos, mamá...—dijo Bernadette, cogiendo a su madre de la mano—. Vamos antes de que papá llegue a casa...

—¡No!—replicó Luiza con energía—. ¡No me moveré de aquí hasta que me prometas que nunca, nunca más pondrás los pies en Massbiel!

—Pero, mamá... yo no puedo prometerte eso... porque la Señora me ha pedido que vaya a verla cada día, durante quince días—replicó la niña, sin rebelión, al contrario, con una gran humildad, pero convencida de que te-

nía una misión que cumplir y que debía cumplir.

—Promete a tu madre lo que te pide, Bernadette—intervino madame Nicolau—. ¿No ves que todo esto puede hacerte daño y ponerte enferma de veras?

—Bien, mamá... Te prometo no volver a Masabiel hasta que tú misma me des permiso para ir de nuevo.—dijo la niña con infinita dulzura.

—Y yo te prometo que jamás tendrás ese permiso—gritó Luisa, desesperada por todo aquello que era ya la habladora del pueblo entero.—Te mandaré a casa de tu tía Bernarda que vive en Barres y allí olvidarás todas esas locuras que se te han metido en el cerebro. ¡Y ahora, vámonos a casa!

—Gracias por todas sus atenciones, señora Nicolau... Y a ti también, Antonio... gracias...—murmuró Bernadette antes de salir con su madre.

El grupo se dispersó pronto, siguiendo a Luisa y Bernadette y María hasta que entraron en su propia casa, mientras Antonio preguntaba a su madre, pensativo y preocupado:

—¿Qué opinas tú, mamá, de todo lo que ocurre?

—Esas cosas son muy difíciles de juzgar, hijo...

—¡Oh, mamá, por muchas años que viva nunca olvidaré toda la belleza que había en el rostro de Bernadette mientras estaba allí, en Masabiel, como traspueta, como muerta, como si viviera en un mundo al que nosotros no pudiéramos alcanzar. ¡Casi me pareció un sacrilegio tocarla!

Madame Nicolau no contestó. También ella veía en la hija de Souhiron algo sobrenatural que la sobrecogía, pero no se atrevía a confesarlo.

Aquella misma noche, mientras todas dormían en casa de Souhiron, Bernadette lloraba desconsoladamente, en silencio, con gruesas lágrimas que le rodaban por el rostro y se empapaban en el emboso de la cama.

María la sorprendió así, y avisó a su madre:

—¡Mamá..., Bernadette está llorando!—le dijo.

La madre se levantó, se acercó a Bernadette y le susurró al oído:

—¿Qué tienes, cariño mío? Ven, ven con tu madre y cuéntame todas tus penas. ¿Por qué te aflige así?

Casi en brazos la llevó hasta el hogar, donde ardía un fuego magnífico, la sentó en su falda y le susurró:

—Vamos, cuéntale a tu madre lo que te pasa...

—¡Oh, mamá...! Aquella Señora es tan bella, tan bella, que sólo al recordarla ya me siento transportada...

—Vamos, vamos, vamos... Las niñas como tú muchas veces ven cosas que no existen... pero son visiones fugaces, que se desvanecen pronto. Debes apartar esa idea de tu pensamiento... Ya eres una niña mayor... pronto serás una mujer, y te casarás con el hombre al que amas, y tendrás hijos, como dice ya, como hacen todas las mujeres normales... La vida se repite, hija mía, y pasa de prisa, muy de prisa... ¡No sabes aún lo rápidamente que se va la vida de las manos...!

Bernadette, arrullada por su madre, se fue consolando y volvió a dormirse apaciblemente.

Pero en el transcurso de los días la chiquilla sentía crecer dentro de ella una angustia inexplicable, una tristeza profunda que no acertaba a dominar. La visión de la gruta de Masabiel se-

taba hincada en su alma y sólo soñaba en aquella bellísima Señora que le había hablado y le había sonreído, con sonrisas tan celestiales que, después de verla, ya todos los gozos de la tierra eran fútiles y miserables.

Luisa llamó a su hermana Bernarda para que se llevara con ella a la niña a fin de distraerla de aquella melancolía que la dominaba.

—Si sigues aquí, en Lourdes, tengo miedo que acabe enfermado de veras. No habla con nadie, no duerme, come lo preciso para no desfallecer de debilidad. Tienes que llevártela contigo y procurar distraerla de esa manía que tiene y que es la mofa de todo el pueblo. —decía Luisa, consternada por aquello que no acertaba a explicar, pero que iba consumiendo la vida de su hija.

—No sabes lo que es—añadió Souhiron, que estaba acaso más preocupado que su misma mujer—andar por la calle y que todo el mundo te mire y te llame "el padre de la idiota". Después de todo, uno es un molinero digno de todo respeto.

—Eres un molinero respetable... pero también eres el padre de tu hija—replicó tía Bernarda, que había escuchado a sus hermanos atentamente—. Y tú, Luisa, eres su madre... De modo que vosotros dos sois las únicas personas en el mundo que pueden ayudar a esa criatura, que deben procurar comprenderla, que están obligados a tenerla a vuestro lado y guiarla y ayudarla en esta turbación que la invade y que bien pudiera venir de lo Alto... Y en cambio, queréis desahuciarla de ella como si fuera un saco de harina... Bernardette es una criatura buena y sencilla. No creo que invente todo eso

que dice. Estoy segura de que ha visto a esa Señora de la que siempre habla. No porque nadie más que ella la haya visto tenéis derecho a decir que miente. Esa Señora puede muy bien ser un espíritu celestial que ha tomado carnes para cumplir designios de Nuestro Señor.

—¡Ah... pero los espíritus celestiales no escogen un muletero para aparecerse a una chiquilla humilde!—exclamó Souhiron, que no podía creer en todas las visiones de su hija.

—Jesucristo nació en un establo—replicó Bernarda, llena de santa unión—. La historia que cuenta Bernardette es maravillosa. Y si esa Señora le ha suplicado que vaya a verla durante quince días, debéis dejarla ir. ¿Quiénes somos nosotros para oponernos a los designios de Dios?

—¡Oh... yo no me atrevo a consentir que vaya allí ella sola, después de lo que ocurrió el otro día!—suspiró Luisa.

—Acompaña a tú. Ante un hecho extraordinario como el que cuenta Bernardette, no puedes seguir la política del avestruz y meter la cabeza debajo del ala y no darte por enterada de nada... ¡No! Debes atender a tu hija, Luisa, sobre todo viendo, como ves, la importancia que para la niña tiene toda esa historia.

—¿Pero qué dirá la gente de nosotros?—inquirió Souhiron, que tenía mucho la opinión de sus vecinos.

—No digan nada, si vosotros tomáis el partido de vuestra hija. Yo misma iré con Bernardette esos quince días hasta la gruta de Massabiél... ¡Y dejad que la gente se ría!

Los padres se dejaron convencer. Dominados por las palabras de tía Ber-

nardo, a la que siempre habían respetado y querido, comenzaron a acompañar a Bernadette hasta la gruta de Massabiél. El pueblo las veía pasar, pero ya no las seguían las carrozadas a veces ni los comentarios insultantes. En el rostro de Bernadette resplandecía algo que imponía respeto y consideración, y la gente se callaba a su paso y la seguían con la mirada, una mirada interrogadora y pasmada, porque era demasiado grande lo que la niña contaba para que pudiera ser creído por todos los que la rodeaban.

Caminaron por todas las calles del pueblo, y algunas mujeres de buena fe las siguieron de cerca. Y, al pasar frente al café del pueblo en el que acostumbraban reunirse las más destacadas personalidades—el alcalde, el comisario, el delegado de Su Majestad y, algunas veces, el médico—, el único guardia que servía para la vigilancia de la villa al ver a Bernadette cruzar presurosa, como si fuera en ayuda, la calle, acompañada por las demás mujeres de su familia y algunas del pueblo, entró rápidamente en el local y se acercó al Comisario de Policía, llamándole su atención con una sencillez discreta.

—¿Qué pasa?—preguntó el Comisario, que prestaba toda su atención a lo que leía el delegado de Su Majestad acerca de la concesión del permiso para la construcción de un ferrocarril que uniera a Lourdes con la vía férrea central de Francia.

—Bernadette... que vuelve a ir a Massabiél...—murmuró el guardia, muy angustioso.

—Cree que su madre se lo había prohibido y que esa historia ya estaba olvidada.

—Hoy la acompañan su madre y sus hermanas y algunas otras mujeres... ¿Qué debo hacer?—preguntó el guardia, que se ponía a las órdenes incondicionales de su comisario.

—¿Y pensar que esto ocurre en pleno siglo diecinueve!—murmuró el dueño del café, que se las daba de incrédulo, porque le parecía que así era más inteligente y más hombre.

—Esa chica está loca—comentó Jacomet, el comisario.

—O sufre de alucinaciones—añadió Lacade, el alcalde.

—Creo, Excelencia, que se deberían tomar, sin pérdida de tiempo, las medidas pertinentes para acabar con esa superstición a la que sólo la ignorancia da pábulo.

—Pero si nos damos por enterados de toda esa historia—dijo Lacade—únicamente conseguiremos darle mayor importancia haciendo que los periódicos se ocupen del caso y lo divulguen por toda Francia. Creo que con una simple intervención del comisario puede acabarse con todo esto.

—Pero, ¿qué puede hacer la policía, si nadie ha infringido ninguna ley?—inquirió Jacomet. Y luego, dirigiéndose al pobre guardia, que esperaba sus órdenes lleno de miedo, añadió:

—Massabiél corresponde al distrito que está bajo tu vigilancia... Pues vigila y tenme al corriente de todo lo que allí ocurra.

Callet, el policía, salió a la calle y continuó en dirección a Massabiél; pero el grupo de mujeres le había tomado tanta delantera que él no lograba divisarlas.

Bernadette, al llegar a la gruta de Massabiél, se adelantó con aquel paso de autómatas que tenía en cuanto es-

taba poseída de la visión celeste. Allí, entre la zarza, sobre el gris oscuro de la roca, se destacaba la blanca figura de la Señora. Bernadette le sonrió y se arrodilló, inconsciente de lo que hacía, fijó sus ojos en la maravillosa visión, con el rostro transfigurado, con las labias entreabiertas por aquella inefable sonrisa que la embellecía y la hacía aparecer a ella misma como algo perteneciente a un mundo irreal.

Empujadas por el ejemplo, sintiendo el corazón apretujado por lo misterioso e inexplicable, las demás mujeres se arrodillaron también, pendientes de la actitud de Bernadette, esperando que ella les dijera algo, esperando tener también ellas la suerte de descubrir sobre la roca a aquella Señora con la que Bernadette decía hablar.

La niña, con el rosario entre las manos y fijó los ojos en un punto determinado, murmuró, disculpándose:

—Señora, tengo que pedirles perdón por no haber venido yo sola... Mamá, tía Bernarda, mi hermana, mi amiga Juana y algunas mujeres del pueblo me han acompañado... Lo siento mucho, pero mamá no quiere que venga yo sola y se ha empeñado en acompañarme...

Desde la roca, la dulce Señora dirigió a Bernadette una sonrisa de bienvenida y de amor. Luego sus labios se movieron y una voz dulcísima habló a Bernadette:

—Mi deseo es que venga aquí todo el pueblo... que todos crean en Mí...

Bernadette asintió con un gesto suave. Su tía, que estaba arrodillada junto a ella, le preguntó, premiosa:

—¿Dónde está? ¿La ves? ¿Está allí?

—Sí... está allí, sobre la roca, al

fondo de la gruta... Ahora te sonríe a ti y te saluda...

Bernadette, con el rosario entre las manos, empezó a rezar las letanías, co-rezadas por las mujeres que con ella habían ido hasta Manabie.

El grupo, que al principio era de media docena de personas, había ido creciendo, creciendo, porque la noticia, extendida por todo el pueblo, había atraído hasta allí a las buenas gentes que querían creer en un milagro.

Desde lo alto del talud. Callet, el policía, se esforzaba en vano en despejar, gritando a voz en cuello:

—¡Fuera... fuera de ahí...! ¡Todo el mundo a sus casas! ¡Orden del señor comisario!

Pero abajo continuaba el rezo monótono de las letanías y nadie hacía caso de las voces de Callet, que volvió a decir, gritando todavía más:

—¿No me oís? ¡He dicho que todo el mundo vuelva a su casa! ¡Que despejen!

Y viendo que era igual que prodigar en desierto, se secó el sudor que perlaba su frente y murmuró para sí, dándose por vencido:

—¡Oh... es mucho más de lo que un policía puede hacer! ¡Para despejar haría falta todo un batallón!

* * *

La visita de Bernadette pasó pronto los estrechos límites de Lourdes y los diarios comenzaron a hablar de ello con gruesos caracteres, en son de burla unos, otros con despectivo desdén para las autoridades que no sabían acabar con lo que ellos llamaban "fanatismo medieval".

Reunidos en el café, como de cus-

tumbre, los probombres de la localidad comentaban acalorosamente el hecho, mientras se iban pasando de mano en mano los periódicos en que se hablaba de la "Aparición de la Virgen María a una humilde niña de Lourdes".

—¡Este es un escándalo intolerable! —murmuraba Lacade, secundiendo al periódico que tenía entre sus manos—. ¡Clama venganza al cielo! ¡Que esos periodistas se metan con nosotros de una manera tan indigna...! ¡Todo Francia se burla de nosotros! ¡Y esto en el momento preciso en que nos iba a ser concedida la red ferroviaria que uniera al resto de Francia este pequeño rincón! ¡Creeis que ahora nos darán el permiso para la construcción del ferrocarril? ¡Jamás; no nos lo darán jamás! ¡Quién querrá hacer caso de un pueblecillo en donde todavía se siguen las supersticiones de la edad media? Nadie hará caso de nosotros... y todo por culpa de una chiquilla imbecil. Todo el futuro de nuestro pueblo se ha desvanecido... Hay que hacer algo inmediatamente para atajar el mal y recuperar la confianza que en nosotros habían puesto.

—Pero... ¿qué podemos hacer? —inquirió Jacomet.

—¿Qué...? No sé; eso es cuestión del señor fiscal...

—Todo cuanto he intentado hacer, señores, ha caído en el vacío —replicó Dutour, al que iban dirigidas las anteriores palabras—. No encuentro ayuda ni ambiente. La niña no hace nada malo. Pacíficamente cruza las calles del pueblo, sale a las afueras, llega hasta Massabiell, se postea de rodillas, resa el rosario y regresa tranquilamente a su casa... Decidme, pura, ¿qué ley infringe la chiquilla?

—Insulta a la religión y hiere la sensibilidad de los verdaderos católicos —afirmó Lacade.

—¿De veras? —inquirió Dutour, dubitativamente.

—Bien... si usted cree que la niña ve a la Santísima Virgen —murmuró Lacade con profunda ironía.

—He aquí la equivocación en que todos están; el verdadero error... Nunca ha dicho Bernadette que ve a la Santísima Virgen... Es la multitud la que afirma eso —dijo Dutour.

—Dice que ve a una señora bellísima, vestida de blanco... y ya subeis que cualquier visión de una bellísima señora vestida de blanco, ha de ser forzosamente la Virgen... Pero Dutour tiene razón; todo esto no es materia bastante para encontrar su castigo en el código penal.

En aquel momento anunciaron la llegada del doctor Dorous.

—Un momento —dijo Dutour, dirigiéndose a sus compañeros—. No olviden que el doctor Dorous, al que he mandado llamar, puede ser un gran auxiliar nuestro si conseguimos que diagnostique que Bernadette está loca, o que sufre de manía religiosa... Diga al doctor que pasa.

El doctor Dorous conocía tan bien a todas las gentes del pueblo como el mismo párroco. Cada uno, en la misión que les estaba confiada, había penetrado en el seno de todas las familias y conocía sus virtudes y sus vicios, sus angustias o sus necesidades, igual que si fueran las propias.

El doctor, experimentado, bueno, honrado, tomó asiento después de haber saludado a todos los presentes, y dijo, tras un breve momento de silencio:

LA CANCIÓN DE BERNADETTE

—Señores; varios días he asistido a la congregación del pueblo ante la gruta de Massabiél, y he observado atentamente las reacciones de Bernadette. Hoy he examinado a la niña desde el punto de vista médico. Supongo que el informe que vengo a presentar será de suma interés para todos ustedes.

—Sí, sí, doctor... Lo esperamos con impaciencia—dijo Lacade.

—Bien... Llegué a la gruta al mismo tiempo que la multitud. Inmediatamente, Bernadette Soubiroux se adelantó y se arrodilló frente a la roca, haciendo unos saludos tan ardientes, tan cariñosos, tan llenos de santa unción y de tal fealdad impregnados, que forzosamente tenían que ir dirigidos a alguien a quien sólo ella veía.

—¿Usted no descubrió nada sobre la roca?

—No—dijo el médico.

—¿Y la gente no se reía de la niña?—preguntó Jacomet.

—No—aseguró el doctor, muy serio—. Había en el rostro de Bernadette algo tan grande, tan noble, tan espiritual, que nadie podía reírse de ella. Su entusiasmo es tan ingenuo y espontáneo, sonreía tan dulcemente a la imagen que sólo ella ve, resplandecen sus ojos con una luz tan deslumbradora, que, mirándola a ella, forzosamente hay que creer en lo que dice la niña. ¡Es imposible fingir un entusiasmo tan celestial como el que transfigura la cara de la chiquilla cuando está en presencia de ese misterioso Ser! Sus mejillas van adquiriendo la palidez de una magnolia; sus labios tiemblan de emoción; sus pupilas se dilatan; todo su cuerpo parece entregado y como ausente... Me acerqué a ella para tomarle el pulso, para comprobar

si la transfiguración de su rostro se debía a un exceso de nerviosismo o de anemia... Pero su pulso era normal; no había indicio ninguno de nerviosismo, como sucede en los ataques de histerismo o de catalepsia...

—¿Y habló con... con ese Ser invisible?—preguntó Lacade, que escuchaba atentamente las palabras del doctor.

—Estando muy cerca de Bernadette la oí murmurar por dos veces un "sí-sí", que era como el realizarse de una gota de rocío por encima del pétalo de una flor. Seguramente contestaba a algo que le estaban ordenando, pues unos momentos después se levantó, se volvió a la multitud y dijo con voz clara y firme: "¡Rogad por todos los pecadores!"

—No puede decirse que estas palabras estén pronunciadas por un loco—comentó Lacade, que comenzaba a estar sugestionado por toda aquella historia de la que al principio se burlaba.

—Queriendo hacer una nueva prueba médica—siguió diciendo el doctor Douzon—, le pregunté a la niña: "¿Y tú sabes qué es un pecador?" Sin vacilar un momento me contestó: "Sí, señores; un pecador es el que ama el mal". Esta réplica me gustó, porque la niña dijo el que "ama", y no el que "hace". No es lo mismo "amar el mal", que "hacer el mal", porque el que lo hace, puede muchas veces cometerlo sin conocimiento de causa, mientras que el que lo ama es porque está verdaderamente pervertido. Después de todo esto no puede considerarse a Bernadette como una idiota, ni como una loca, ni siquiera como una histérica, porque una contestación así sólo puede darla un alma privilegiada.

—Así, hemos de jugar a esa niña como una perfecta comedianta.

—No hay nada que justifique que la niña pueda fingir hasta ese extremo—replicó el médico.

—Así... tendremos que creer que usted, doctor, ha tomado el partido de todos esos ignorantes que creen en la visión de Bernadette—dijo Dutour en tono burlón.

—Soy médico. Colaboro en varias revistas médicas. Soy miembro de diversas sociedades científicas... Creo que queda suficientemente contestada vuestra alusión—dijo el doctor Doroux, sin perder su serenidad.

—Bien; entonces tendremos que resumir el informe que habéis presentado en este sentido: La ciencia excluye el fraude; excluye la posibilidad de una afección mental; y excluye la posibilidad de un milagro... Es decir, la ciencia se queda al margen de la cuestión, ¿no es así?

—Exactamente.

—Entonces... tendremos que recurrir a la Iglesia... Si es la Iglesia la que da orden de que termine toda esa comedia, nadie podrá maldecirnos ni echarnos en cara no haber obrado correctamente—dijo Lacade, a tiempo que el doctor Doroux salía de la estancia, con la cabeza baja, visiblemente preocupado y emocionado por aquel hecho al que, si la ciencia no hallaba una explicación, su alma de cristiano aceptaba y acataba, sin intentar escrutar los designios de Dios.

Lacade y Dutour resolvieron ir a hablar con el párroco de todo aquel asunto que tan preocupados les tenía.

El Padre Peyramale les recibió con su dulce actitud, les ofreció sillones junto al hogar y les dijo, después de

haber cambiado las primeras palabras de ritual:

—Supongo que vienen para hablarme del caso de Bernadette Soubirous.

—Sí—contestaron a un tiempo Dutour y Lacade.

—Debo advertirles desde ahora que la Iglesia no atribuye ningún significado religioso a eso que ya todo el mundo llama la visión de Massabiél.

—Me alegro mucho saber que la Iglesia opina como nosotros, Padre—murmuró Lacade—. Y no dudo que no habrá inconveniente en que hablé usted con esa niña y...

—No—interrumpió el Padre Peyramale—. El caso no me interesa. Es la policía de la ciudad la que debe intervenir para acabar con ello.

—Esperábamos que no tendríamos inconveniente en cooperar con las autoridades civiles, Padre.

—Y ya lo he hecho... He prohibido a todos los sacerdotes de las parroquias vecinas que pongan los pies en la gruta de Massabiél y ordenado fingir que ignoran en absoluto lo que allí está pasando.

—Pero Vuestra Reverencia tiene un poder enorme sobre el pueblo—continuó Lacade, tratando de convencer al Padre Peyramale—. Si vos habláis, todo el mundo acata vuestros palabras.

—Sería dar mayor importancia al hecho—replicó el sacerdote, reflexivo.

—Padre, vuestra actitud forzará a las autoridades civiles a acudir a la Ley que prohíbe que la Iglesia abra nuevos lugares al culto sin el expreso consentimiento del Obispado correspondiente.

—Aquí no se ha abierto al culto

ningún nuevo lugar—replicó el Padre Peyramale con energía—. La Iglesia no ha dado permiso ni reconoce todos esos ritos que tienen lugar ante la gruta de Masabiél.

—Entonces... ¡Id allá y veréis las ceremonias paganas que allí se celebran. Me han dicho que una mesa de cocina les sirve de altar y que allí rezan como si estuvieran en un templo... ¡Imploran a Dios... en un muladar!—exclamó Lacade, riendo sarcásticamente.

—La oración que a Dios se eleva, el alma de lo más íntimo de nuestra alma y de nuestra fe, es siempre acogida por Aquel a quien se dirige... El lugar no importa; lo que importa es el espíritu.

—Perdón, Padre, ya le hemos molestado bastante y nos retiramos, puesto que no llegamos a un acuerdo —dijo Lacade, poniéndose en pie.

Salieron, decepcionados, de la entrevista. Ya en la calle, Dutour comentó:

—Fingiendo que estaba de nuestra parte, ha logrado dejarnos a nosotros solos toda la responsabilidad de los hechos.

—Desgraciadamente, los que siguen a la niña son ciudadanos de esta municipalidad y no me hace mucha gracia indisponerme con ellos, sobre todo estando tan próximas las elecciones—replicó Lacade.

—No tiene usted que indisponerse con ellos. Sometálos a las Autoridades superiores y que sean ellas quienes decidan—sugirió Dutour.

Lacade asintió. Aquello le pareció muy razonable y no vaciló en plantear el caso ante el Prefecto en una larga carta en la que dejaba puntualizada exactamente la situación.

El Prefecto contestó con evasivas, diciendo que, por ser asunto local, de-

bían ser ellos los que hicieran lo que estimaran más oportuno y que, fuera lo que fuese, encontrarían su apoyo para aprobarlo; pero que, desconocedor de la importancia que pudiera haber adquirido la fantasía de una niña, estimaba procedente que se resolviera dentro de la municipalidad la cuestión que se le había planteado.

—¡Ah!...—suspiró Lacade, decepcionado por aquella respuesta que nada concretaba—. El Prefecto encuentra muy fácil dejarlo todo en nuestras manos, y nuestras manos sólo son útiles cuando pueden empuñar el látigo. Pero ahora no es cuestión de látigo, porque se trata de una niña que no ha cometido ninguna infracción de la Ley... De una niña que está contagiando su estupidez y su credulidad a miles de personas... Cada día es mayor el número de campesinos que se congregan en torno a la cueva de Masabiél.

—¡Y pensar que una chiquilla como esa ha podido imbuir a tanta gente!—comentó Jacomet.

—La ha imbuído porque hay miles de personas tan estúpidas como ella. ¿Qué puede esperarse de un pueblo que duda de los dogmas de la Iglesia y se entrega confiadamente a cualquier superstición? Estoy plenamente convencido que todo lo que hace esa chica y todo lo que dice es un peligro para la civilización. Es una fanática, nada más que una fanática, y cuando el fanatismo penetra en la religión, la mentalidad humana da un salto atrás... Por esto quiero luchar y lucharé con todas mis fuerzas a fin de lograr que todo ese aparato que Bernadette ha construido en torno a la cueva de Masabiél, se vaya al...

Jacomet le interrumpió:

—No estoy muy al corriente de las maniobras políticas, pero tengo una experiencia muy larga acerca del modo de tratar a los impostores de todas clases... Si me dejan hablar a solas con esa china, estoy seguro de que lograré convencerla de su infidelidad.

—Hágalo... Pruébe usted el método que quiera... Le doy mi consentimiento.

—La haré detener por dos policías y que la traigan aquí a declarar.

—Yo emplearé un método menos duro—sugirió Dutour.

—No se puede detener a nadie con palabras dulces y guante blanco...—replicó Jacomet, sonriendo.

Unos minutos más tarde, una pareja de gendarmes con Callet, el guardia rural, comparecieron en casa de Bernadette y la detuvieron. Estaba sola la niña con sus hermanitos y su hermana María, y ésta comenzó a llorar desoladamente al ver que los guardias querían llevarse a Bernadette.

—Vámonos, no llores—le dijo ésta, que no estaba asustada ni sentía el menor miedo—. Tú te quedas aquí y esperas a mamá, y cuando ella vuelva a casa no la asustes. Dile únicamente que he ido hasta la Comisaría, para prestar declaración... Volveré pronto.

Sin vacilaciones, con el paso firme, con la frente erguida, Bernadette caminó entre los guardias. A su paso se iba levantando por todo el pueblo un murmullo de protesta, y las mujeres dejaban sus faenas para seguir a Bernadette, dispuestas a defenderla contra cualquier daño que intentaran hacer a aquella a quien ya todos veneraban como algo extraordinario y divino.

Los guardias a duras penas conseguían calmar a la multitud y defender

a la chiquilla de ser arrebatada y puesta a salvo por las manos piadosas de los que en ella creían. Ni su madre, avisada de lo ocurrido, pudo rescatarla. Bernadette sonreía a todas y seguía andando tranquilamente; tanta tanta confianza en sí misma, estaba tan segura de lo que decía, que no temía el ser interrogada. Decía la verdad, nada más que la verdad. Y aquella Verdad, que era la suya, resplandecía en sus ojos cándidos y bellos que brillaban iluminados por la luz de la fe y del amor.

Entró en el despacho de Dutour y se paró frente a él, a respetuosa distancia de la mesa donde él se encontraba.

—¿Sabes quién soy, Bernadette?—le preguntó éste.

—Sí, señor... Sois el Fiscal de Su Majestad.

—Y este título quiere decir que represento a Su Majestad el Emperador y que me ha investido del poder de castigar a aquellos que atentan contra la tranquilidad de este pueblo. ¿Comprendes?

—Sí, señor... Sois como el señor Jacomet—replicó Bernadette con su ingenuo candor.

—¡Soy mucho más que el señor Jacomet! Soy su jefe superior. El puede detener a los criminales y a los ladrones; yo soy el que puede llevarlos a la cárcel o a la horca.

—¡Oh!... —exclamó Bernadette con un gesto de admiración, pero sin sentirse en absoluto cohibida por aquellas palabras.

—Pues bien, sabiendo el poder de que estoy investido y conociendo hasta donde llega mi jurisdicción, te ordeno

y mando que nunca jamás te acerques a Masabiel.

—¡Oh... pero es que yo debo ir allí, porque la Señora me lo ha suplicado! —replicó la niña, con firme acento.

—En adelante no harán caso de esa señora—dijo Dutour alzando la voz—. Bernadette, has de reconocer que eres la muchacha más ignorante de todo el pueblo, la peor alumna de la escuela.

—Sí, señor, es verdad... Soy una estúpida—afirmó Bernadette con ingenuo candor.

—Pues debes reconocer también que cuando personas inteligentes te dicen y aseguran que esa señora no es más que una fantasía de tu imaginación, un sueño absurdo, te dicen la verdad.

—La primera vez que vi a la Señora, también yo pensé que no era más que un sueño, una fantasía de mi imaginación. Pero puede uno estar equivocado una vez... ¡no seis veces, como ha-
ce ya que la veo yo, seis veces que me ha hablado y me ha sonreído!—exclamó Bernadette.

—Dime, pequeña... ¿no es muy extraño que hasta que conseguiste eso que tú dices "ver a la Señora", tu familia vivía en la miseria más espantosa, tus padres estaban sin trabajo y en tu casa no había un pedazo de pan con el que calmar el hambre que a todos os acuchaba... y que después, tus padres hayan encontrado trabajo súbitamente y tu casa esté siempre llena de toda clase de víveres? Si el Tribunal decide que esa "señora" representas para ti y tu familia un bonito negocio... no te irá muy bien el asunto, ¿sabes, Bernadette?

—Yo no he aceptado nada, señor,

porque sabía que a la "Señora" no le hubiera gustado.

—Escucha, hija mía, quisiera ayudarte... Yo no te pido que te retractes de todo lo que has hecho y dicho... Sólo te pido que me prometas que harás lo que yo te ordene.

—Si puedo hacerlo, sí, lo prometo—contestó la niña, mirando fijamente a su interlocutor.

—Bien... pon tu mano encima de mi mía y jûrame que nunca más volverás a la gruta de Masabiel.

Bernadette que, confiadamente, había puesto su mano entre las de Dutour, la apartó prestamente, como si le hubiera picado una víbora.

—No puedo prometerlo, señor—dijo, con un tono que no admitía réplica y que parecía incomprensible podría salir de aquella chiquilla tímida, humilde, temerosa, que jamás se había atrevido a contradecir a nadie y que siempre estaba dispuesta a reconocer su propia estupidez.

—Recuerda quien soy yo... —dijo Dutour, queriendo amadrentarla.

—Lo sé, señor, me lo habéis dicho al entrar.

—Escucha, Bernadette: en la otra habitación está Jacomet... Jacomet es cruel y duro y cree que a todo el mundo se le ha de tratar con la máxima severidad, como se hace con los criminales... Si no quieres prometer lo que te pido, me veré obligado a mandarte a él y que haga contigo lo que crea más conveniente... y puedo asegurarte que será terrible para ti. No hará caso ni de tus gritos ni de tus lágrimas... Pero puedo evitarte todo esto, si eres razonable y prometes hacer lo que te he pedido... ¿Qué contestas?

—Lo mismo que dije antes—replicó Bernadette con serena calma—. He dado mi palabra a la Señora y no puedo faltar a ella.

—Bien... como tú quieras... He hecho cuanto he podido para salvarte; pero puesto que te empeñas en tu idea y no te importa tu propia desdicha... no me queda más remedio que entregarte a Jacomet.

—Sí, señor—contestó Bernadette haciendo un saludo gracioso y encaminándose a la habitación contigua con la misma tranquilidad con que hubiera partido para su casa, si le hubieran dado permiso para hacerlo.

Jacomet la miró asombrado y le preguntó con acento agrio:

—¿Cómo te llamas?

—¡Pero si usted me conoce muy bien, señor Jacomet!—contestó Bernadette, sonriéndole amistosamente.

—¿He preguntado cómo te llamas!—gritó Jacomet, sin hacer caso ni de la sonrisa ni del saludo de la niña, que estaba acostumbrada a ver a Jacomet en la calle y que siempre le había mostrado simpatía.

—Soubirous... Bernadette Soubirous—dijo la niña.

—Antes de seguir adelante quiero advertirte que escribiré todo cuanto vayas diciendo. A esto se le llama una declaración escrita que será remitida a la superioridad. Además, ahí está el señor Estrada, que servirá de testigo de cuanto tú digas. Y ahora que ya estás advertida, explica quién es esa señora que asegura ver y con la que debes hablar.

—No sé quién es, señor—contestó Bernadette humildemente.

—¿Cómo va vestida?

—Con una túnica blanca y una gran

banda azul en torno a su cintura; y en cada uno de sus pies descalzos luce una rosa...

—¿Y está sobre la roca, como una imagen en el altar?

—¡Oh, no, no! Se mueve con naturalidad y me habla... y da la bienvenida a los que van a verla... y sonríe...

—afirmó Bernadette, iluminada por el recuerdo de la visión de maravilla.

—¿Y tus padres creen en toda esa historia absurda?

—No, señor; creo que no—murmuró Bernadette sinceramente.

—¿Y pretendes que yo te crea, si tus mismos padres no pueden creerla? Si esa señora fuera de carne y hueso, como tú dices, ¿por qué sería tú la única en verla?

—No sé, señor... No sé por qué los demás no la ven... Lo cierto es que está allí...

Jacomet carraspeó, permaneció en silencio un momento y luego, queriendo cogerla en contradicción, dijo:

—Ahora voy a leerle todo lo que tú acabas de decir y que yo he ido escribiendo: "Bernadette Soubirous declara que la señora va vestida con una túnica azul y una banda blanca en torno a su cintura..."

—No, no, yo no he dicho esto... He dicho que la túnica era blanca y la banda azul—corrigió Bernadette, asombrada de que no la hubieran entendido—. Debe haber habido una confusión cuando he escrito usted eso, señor Jacomet.

—Bernadette Soubirous declara—continuó Jacomet leyendo—que la señora se parece a la imagen de la Virgen que está en el altar de la parroquia...

—¡No, no es cierto, no he dicho es-

tot—exclamó Bernadette, exaltándose.—La Señora no se parece en nada a la imagen que está en la Iglesia... La Señora se mueve con naturalidad, como yo misma...

—¡Basta!—gritó Jacomet, que perdía la paciencia ante la terquedad de la niña.—Nada más que una confesión sincera y exacta de lo que está ocurriendo podrá salvarte, Bernadette. Dime quiénes son los que te secundan y te ayudan a crear ese embuste para sacar de él un lucrativo provecho. ¡Y no me mientas, porque los conozco a todos!

—No comprendo lo que querías decir, señor Jacomet.

—Te lo voy a explicar. Hay mucha gente interesada en que circule esa historia sobrenatural, a fin de lucrarse con la ingenuidad de los que creen en ella. Y te han elegido a ti, que eres ignorante y estúpida, para que la historia de esa aparición sea más verosímil contada por tus labios... Vámonos, dime quiénes son los que te han enseñado a mentir y te han hecho aprender esa historia.

—¿No habías dicho que los conocías a todos?—inquirió Bernadette, ingenua y niña.

Jacomet se mordió los labios, porque se encontró cogido en sus propias palabras. Aquella niña no era tan tonta como decían, ni tan estúpida. Sus contestaciones eran exactas y no había forma de haberla caído. En cambio, ella, sin proponérsela, le había hecho caer a él.

—¡Basta!—gritó. Devo de furia.—Ahí fuera está la policía esperando mis órdenes para llevarla a la cárcel. Pero si me prometes que nunca más irás a

Masabiél, que nunca más podrás ir a pie en la cueva...

—No puedo prometerlo... porque tengo empeñada mi palabra con la Señora—replicó Bernadette con aquella dulce serenidad con que hablaba cuando se refería a su visión.

—Así... ¡quieres que llame a la policía?

—Si la policía me detiene, no podré ir a Masabiél... pero tampoco habré faltado a mi palabra—murmuró Bernadette, alzando los ojos al cielo.

—Y no serás tú la única que irá a la cárcel. Mandaré encerrar a tus padres también y tus hermanos morirán de hambre...

Y como unos fuertes golpes sonaban en la puerta, gritó, malhumorado y furioso:

—¿Quién diablos llama así? ¡Adelante!

—¡Mi hija!... ¡Mi hija!...—gritó Souhroux, entrando como una flecha y cogiendo a Bernadette por el brazo.—¿Qué querías hacer a mi hija? ¿Por qué la habías detenido?

—Escucha, Souhroux, todo ese asunto de la gruta tiene que acabar... ¡No puedo tolerar que eso continúe!

—¿Qué más quisiera yo!—exclamó el pobre hombre, angustiado.—Esta chiquilla será la ruina y la vergüenza de toda la familia...

—La muchacha es menor de edad y tú eres el responsable de lo que ella haga—dijo Jacomet—. Prohíbela que vaya a ninguna parte más que a la escuela... Enciérrela en tu casa, si es preciso... porque si tú no lo haces... tendré que meterla en la cárcel muy a pesar mío. ¡Y ahora marchaos!

Salieron Souhroux y su hija, y Jacomet se quedó enjugándose el sudor

de su rostro. Así le sorprendió Dutour, que le miró con trémula sonrisa.

—Y bien, ¿qué pensáis de todo esto? —preguntó Jacomet.

—Pienso que habéis sido muy afortunado, porque Soubrous ha llegado en el momento en que estábais embrollando de tal modo la madeja, que difícilmente habríais podido desenredarla si él no llega a venir.

La cuestión de las visiones de Bernadette ocupaban no sólo la atención de todo el pueblo, sino que iba trascendiendo ya a todas las ciudades de Francia y hasta en el mismo París. En el seno del Gobierno y en la más alta Magistratura de la Iglesia preocupaba aquello que pudiera adquirir categoría de ciencia si prosperaban los adeptos a la niña.

Esta era la idea general; ésta era la idea de todos cuantos no tenían fe, esa fe ciega que mueve las montañas, esa fe que es la que hace brotar agua de una roca, esa fe que es la única que puede conducir a la eterna felicidad.

Sor María Teresa era una de las más encias a creer en lo que contaba la niña. Su espíritu recto, que jamás se había apartado del camino de una virtud extremada, se rebelaba a creer que Dios pudiera haber elegido a aquella niña simple y sencilla para sus fines Divinos. Ante la insistencia de Bernadette y de la preponderancia que iba tomando en Lourdes y toda su comarca la visión de la hermosa "Señora", Sor María Teresa fué al encuentro del Padre Peyramale para exponerle sus dudas, pedirle su consejo y ver qué era lo que entre los dos podían hacer pa-

ra poner fin a lo que ella estimaba no era más que una superchería de aquella niña.

—Las autoridades han tomado ya cartas en el asunto y no nos queda más que esperar—le dijo el Padre, que, si no creía ciegamente en la aparición de Massabié, tampoco dudaba por entero de ella, porque tenía fe en los designios de Dios y la seguridad de que los hombres nunca pueden penetrar en ellos.

—El hecho de que las autoridades hayan tomado cartas en el asunto—replicó Sor María Teresa—, no ha conseguido más que avivar la curiosidad de las gentes y poner a esa chiquilla en lo más alto de la admiración de sus compañeras de clase. Las niñas ya no hablan de otra cosa, sino de Massabié y de Bernadette. Yo creo, Padre, que si me la consentís, podría hablar a todas las niñas y decirles que todo es...

—No — interrumpió prestamente el Padre Peyramale—. No debemos hablar, nosotros que estamos al servicio de la Iglesia, de este asunto. El obispo de Tarbes nos tiene prohibido en absoluto hasta el darnos por enterados de lo que ocurre en Massabié. Hasta que la Iglesia no se pronuncie en uno u otro sentido, nosotros no sabemos nada. Y el señor Obispo hace bien en ordenarnos esto, porque si la Iglesia da pábulo a lo que bien pudiera ser un fraude o una fábula — pero que también puede ser un milagro de Dios, que quiere mostrar el poder de su infinita Bondad, puede crear un cisma, en el primer caso; y si no da crédito y fuera ese Divino milagro, pudiera ser tildada de infidelidad y falta de credulidad. Hemos de evitar que aquí ocurra lo que ocurrió con Rosa Ta-

misier, la niña de Aviñón que también afirmaba hablar con la Virgen.

—Únicamente trataba, Padre, de dar un castigo ejemplar a Bernadette, sin hablar a las demás niñas del caso.

—¿Por ejemplo, ponerla en ridículo ante sus condiscípulas? — Inquirió el Padre Peyramale, comprendiendo a la religiosa.

—Sí, Padre.

—Síen, puede usted hacerlo; le doy permiso para ello.

—Gracias, Padre. Buenos días.

Pero ni los castigos, ni los ridículos, ni las burlas, ni las imprecaciones, ni las amenazas, conseguían turbar la inquebrantable fe de aquella niña cuyo solo pensamiento era la "hermosa Señora" que le hablaba tan dulcemente, que la sonreía con tan divina sonrisa, que era imposible sustraerse a su encanto. Bernadette vivía de aquella visión ultraterrestre, de aquella visión que ella no sabía explicar, pero que le daba una felicidad y una paz interior como nunca había conocido.

Sus padres estaban hondamente preocupados por la niña. Pasaba las noches en vela llorando desoladamente, desde que Sor María Teresa consiguió ponerla en ridículo ante sus amigas y sus padres le habían prohibido de nuevo ir a Masabiel, donde la acompañaba siempre una enorme multitud sugestionada por aquella historia que había cundido por todos los contornos.

—No podemos continuar así... — murmuraba Lucie una noche, sentada junto a su marido, frente al fuego del hogar que despedía sobre ellos sus resacas chispeantes.

Bonhirons se levantó y se acercó a la cama donde Bernadette fingía dar-

mir, donde en realidad pasaba sus noches en blanco, dejando que las lágrimas resbalaran por su rostro demacrado y pálido.

—Hija mía, ¿qué te han hecho? ¿Por qué estás tan triste?

—Si no puedo volver a verla... me moriré de tristeza, papá—sollozó Bernadette, dejándose acariciar por su padre, como cuando era chiquita.

—Volverás a verla, hija mía—replicó Bonhirons, que ya se sentía también el sugestionado por la visión de su hija—. Volverás a verla, por más que diga Sor María Teresa y por mucho que las autoridades amenacen y se opongan. Irás a Masabiel cada noche, Bernadette... y te acompañaré yo... Y si me meten en la cárcel por desobediencia, déjales que hagan lo que quieran... ¡Pero tú volverás a verla, te lo prometo!

Bernadette sonrió con inefable expresión y, dulcemente, blandamente, mecida por la promesa de su padre, se durmió sin dejar de sonreír.

Las autoridades locales habían tomado ya la cuestión como base de sus bromas y de sus burlas, y aquella mañana, cuando leyeron en el periódico, en gruesos caracteres, estas titulares: "LAS AUTORIDADES DE LOURDES HAN FORZADO A LA APARICIÓN A DESAPARECER", unas grandes carcajadas acogieron su lectura.

—¡Eso sí que es cambiar de tono! —exclamó Lacade—. En la última editorial se hablaba de la aparición como de un hecho verdaderamente extraordinario; hoy hablan de ella como de una cosa que la autoridad puede disminuir y obligarla a someterse a su voluntad.



—¡Lúise... por favor... el niño, es el niño que vuelve
a estar con aquellas convulsiones terribles!..



—¡Mírala!.. ¡Juana!..



—... como si oyera algo que viniera de lejos—



—¿verdad?e había sido transportada por los robustos
brazos de Antonio—



—Las niñas como tú muchas veces con tuas
que no existen—



—y sólo así en aquella hermosa Señora—



En el rostro de Bernadette traslúcida algo que



las demás mujeres se espeluznan también—

En el rostro de Bernadette resplandecía algún que



—Señora, tengo que pedirte perdón por no haber
venido yo sola...



—Ni su madre pudo rescatarla...

—Las demás mujeres se agarraban también...



—Sin vacilaciones, con la frente erguida, Bernadette...



—En adelante no harás caso de esa señora...



— nada conseguia surtir a inagotável *le de*
aquella niña.



...tengo solo pensamiento de la "hermosa Señora"...





«Hegó harto lo parroquia y se adelantó ella sola.»



Antonio y su madre estaban en primera fila.



«¿Ves esta escoba? ¡Para te la rompeté!»



«Ve hacia el manantial y bebe de su agua.»



Berthe cogió el agua, se bañó en ella los ojos...



—Nuestra religión nos enseña a creer sin ver...



...tan humilde y sencilla como los demás días...



—¿La Inmaculada Concepción?



El pueblo en una reunión a la granja de Manabiel.



Manabiel se había convertido ya en un centro de peregrinación.



—Si persisten en la idea de hacerla encerrar—



—... quedas en libertad... pero no podrás llevarnos el agua.



...y acudieron porrazaciones de todos los rincones
de Francia...



* —Yo no he hecho más que obedecer los mandatos
de la Señora.



...se despidió de sus amigos.



—Adiós, Amalia!

—Por esta misma razón no podemos confiarlos demasiado. Si ayer decían una cosa y hoy la contradicen, mañana pueden volver a asegurar lo que sostenían ayer... ¡Ah, los periodistas son gentes volubles!

—Si tal hicieran mandaría meterlos a todos en la cárcel—replicó Jacomet.

—¡Cuidado, comisario! —atajó Dutoit—. Si tal hicieran podrías meter en la cárcel a una bandada de locos, ya que se ha dicho y repetido mil veces que los que apoyan a esa chiquilla no son nada más que unos poseídos.

—¡Pero bien debe haber alguna ley a que nos podamos acoger para acabar con esa superchería!—gritó Locade, que estaba exasperado, porque a través de los cristales veía avanzar a la multitud que seguía a Bernadette, una multitud densa y nutrida como nunca la había visto.

Collet, el guarda rural, entró excitadísimo a informar al comisario de lo que estaba ocurriendo, pero éste le atajó diciéndole:

—Ya sé lo que vienes a decirme... ¡Ya lo sé! ¡Lo estoy viendo! ¡Vuelve a ir a Masabiél con todos sus adeptos!

—No, señor, no van a Masabiél—replicó el policía, muy asustado—. Han ido allí antes del alba y allí han estado hasta ahora.

—Entonces, ¿dónde van? —inquirió Jacomet, intrigado.

—Van a ver al párroco.

—¿Al párroco?...

—Sí. La muchacha dice que tiene un mensaje para él.

—¡Vamos, parece que los dioses, al fin, se han decidida dejarnos de lado a las autoridades civiles y forzar a las eclesiásticas a pronunciarse en este

asunto!—comentó, con insolencia, Dutoit.

Bernadette, seguida por la multitud, llegó hasta la parroquia y se adelantó ella sola, con aquella decisión que la empujaba desde que había hablado con la "Señora", con aquella resolución que ya por sí sola hablaba de algo extraordinario, puesto que la niña fue siempre tímida, siempre huraña, siempre enroscada y ahora no vacilaba en presentarse ante quien fuera, por muy alta que estuviera su autoridad, para sostener su idea y para ser la intermediaria de los deseos expresados por la Señora.

El Padre Peyramale la vio llegar con la sonrisa en los labios. Aquella niña, si no estaba ungida por Dios, tenía una terquedad inexplicable.

—Perdón, reverencia... —murmuró Bernadette, saludándole con su dulce humildad.

—¿Qué deseas? ¿Quién eres? —inquirió Peyramale, que por orden de sus superiores no podía darse por enterado de la personalidad de la niña.

—Soy Bernadette Soubirous.

—¡Ah... eres esa idiota de la que todo el mundo habla!—replicó el Padre Peyramale, fingiendo una gran dureza para ver si lograba dominar a la niña. — ¡Siempre vas seguida de todos tus cortasanos y adoradores! Pues díles que al primero que me poner su pie en mi jardín, lo mandaré arrestar y a ti también.

—Sí, señor...—contestó Bernadette, sin dejar de sonreír con su dulzura habitual.

—Bien... ¿y qué es lo que quieres?

—La Señora me ha dicho...

—¿Qué señora?—inquirió el Padre

Peyramale, que se paseaba agitadamente a lo largo de la habitación.

—La Señora de Massabiél—replicó la niña.

—No la conozco.

—Es esa Señora tan hermosa que cada día viene a verme.

—¿Es de Lourdes?—preguntó el párroco, no dándose por entendido.

—No, señor.

—¿Le has preguntado cómo se llama?

—Sí, señor; muchas veces, pero nunca me contesta.

—¿Acaso es sordomuda?—embromó Peyramale a la niña.

—¡Oh, no, señor, porque muchas veces me ha hablado!—afirmó Bernadette con presteza.

—¿Y qué te dice?

—Hoy me ha dicho: "Ve a hablar con los sacerdotes y díles que deben levantar en este lugar una iglesia".

—¿Con los sacerdotes? ¿Qué quieren decir? ¿Esa señora debe ser una hereje, porque hasta las tribus salvajes tienen sacerdotes? Nuestra Santa Iglesia Católica tiene un nombre especial para cada uno de sus sacerdotes...

—Pero Ella ha dicho "sacerdotes", sin especificar—murmuró Bernadette, sin perder aquella maravillosa serenidad que la iluminaba.

—Buena, y... ¿con qué dinero cuentas para construir esa iglesia?—preguntó Peyramale a la niña.

—¡Oh, yo no tengo dinero... en casa somos muy pobres!

—Entonces vuelve y dí a esa señora que si quiere que le construyan una iglesia que te dé el dinero preciso para ella.

—Sí, Padre, ya se lo diré—asintió Bernadette con candoroso acento.

—Y dile también que el párroco de Lourdes te ha dicho que no considera muy digno de una verdadera señora andar por las rocas con los pies descalzos, embaucando a niñas imbéciles y dándoles encargos para que me los transmitan... y que sólo le pido que me deje en paz. ¿Lo has entendido?

—Sí, Padre, se lo diré todo tal como me lo habéis dicho—dijo Bernadette, encaminándose hacia el jardín para dirigirse de nuevo a Massabiél.

El Padre Peyramale la detuvo y mostrando una enorme escoba de jardín dijo a la niña:

—¿Ves esta escoba? ¡Pues te la romperé en los huesos si vuelves a contarme todas esas historias que te inventas!

Bernadette se alejó, y el Padre cerró la puerta, pero unos minutos después llamaron a ella, y Bernadette, sin miedo, sin temor, sin vacilación entró diciendo:

—Perdone Su Reverencia, pero he olvidado decir una cosa. La Señora me ha dicho: "Que dejen venir aquí, en procesión, a todos los que me aman".

—¿Procesiones, eh? ¿Crees que niñas ya pueden empezar esas procesiones, para que "la señora" esté contenta?—preguntó el Padre Peyramale con irónico acento.

Pero Bernadette no entendió de ironías:

—Sí, Padre, creo que estará muy contenta... Y ahora que ya os he dado todos sus mensajes, buenos días.

—Espera, espera un momento; soy yo el que te ha de dar la orden de marcharte. Cierra la puerta y ven a mi lado.

Bernadette obedeció y el Padre Peyramale continuó diciendo:

—Quiero que lleves a esa señora un mensaje de mi parte... ¿Tú la encuentras muy extraordinaria, verdad?

—¡Oh, sí, Padre, es la Señora más hermosa que jamás he visto!

—Bien... pues ahora veremos si realmente está investida de un poder extraordinario. Me han dicho que en la gruta crece un rosal lleno de espigas, ¿es cierto?

—¡Oh, sí, allí está el rosal... se encarama por la roca, justo en el lugar donde la Señora está!

—Bien... pues dile a esa señora; el párroco de Lourdes me dice que le gustaría bicierais algún pequeño milagro... por ejemplo, que ese rosal diera rosas ahora, en pleno mes de febrero. ¿Me has entendido?

—Sí, Padre.

—Repíte lo que tienes que decirle.

—El párroco de Lourdes me dice que le gustaría bicierais algún pequeño milagro... por ejemplo, que ese rosal diera rosas ahora, en pleno mes de febrero.

—Muy bien, Bernadette. Ahora ya puedes marcharte.

Ante la gruta de Mesabiel, la multitud esperaba con religioso silencio. Había corrido la noticia del mensaje que Bernadette había llevado a la Señora, de parte del párroco, y todo el mundo esperaba el milagro, aquel milagro que había de mostrar claramente la verdad de todo cuanto contaba aquella niña.

También acudieron allí todas las autoridades, porque ya todo el mundo estaba intrigado por aquella cuestión palpitante y hasta los más incrédulos sentían en su interior ese algo extraño e inexplicable que hace sentir siempre lo sobrenatural.

Datuar no quiso ir.

—¡Tenedme una docena de rosas, cuando florezca el rosal!—les dijo, con aquel gesto de indiferencia y desprecio que le era habitual.

—Pero, ¿por qué ha de ser hoy el día en que el rosal florezca? El párroco no fijó fecha para el milagro.

—Pero la gente lo ha hecho correr así; dicen que en jueves se le apareció por primera vez la Señora a Bernadette; que luego, cada jueves, ha venido a visitarla, y como hoy es jueves...

—Florezca o no florezca el rosal, nadie logrará destruir la fe de esa niña—afirmó el doctor Bonous, que era de los que tenían fe en ella.

—¿Puede negarse lo mismo de la multitud?—inquirió Lacade al que se le hacía muy difícil creer.

—No nos podemos sorprender si el rosal florece —dijo Datuar, el mayor de todos los incrédulos—. El párroco de Lourdes es muy aficionado al cultivo de las rosas... se ha especializado en ello y está considerado como una gran autoridad en la materia. No sería extraño que llevara allí uno de sus rosales, cultivado de forma especial y que quisiera hacer creer en un milagro. ¿Por qué no le ha pedido a la señora que convierta la roca en un caballo blanco, o en vino el agua del río?—preguntó, soltando una carajada insultante y seca.

Ante Masahiel, la muchedumbre esperaba enardecida por la fe. Había tonos marmellosos, anaranjados en seguida por los que estaban pendientes del milagro, y todos tenían puestos los ojos en aquel punto al que Bernadette miraba constantemente como si una fuerza poderosa y llena de misterio la tuviera sujeta en aquel punto.

Anonio y su madre estaban en primera fila. El muchacho era de los más entusiastas adeptos de Bernadette y tenía la seguridad de que la niña no mentía, no podía mentir, de que todo lo que contaba era la verdad.

Bernadette permanecía inmóvil, extática, absorta; mientras la multitud la miraba con respeto y con temor, con ese temor que impone siempre todo lo extraordinario.

De pronto, los labios de Bernadette sonrieron y sus ojos adquirieron nueva luz, mientras sonreía con aquella inefable sonrisa que iluminaba su rostro transfigurándolo y dándole una belleza extraordinaria que hacía olvidar su fealdad y su insignificancia.

Bernadette escuchaba músicas celestes, oía cantar los coros de los ángeles, sentíase transportada a lo Alto, cuando la voz de la Señora sonó, únicamente para ella:

—Ve hacia el manantial y bebe de su agua y lévate con ella.

Bernadette, como en un sueño, se levantó y dio unos pasos hacia el río, dominada por aquella voz.

—No... no es el río—murmuró la voz de la Señora.

—¿No?

—No... el manantial está junto a la roca... bajo aquellas plantitas. Cómelas y escucha la tierra...

Bernadette obedeció y un gran murmullo agitó a la multitud:

—¿Qué está haciendo? ¿Come hierba? ¿Se habrá vuelto loca de veras?

—Ssssss... —bíbiseis Antonio, que seguía atentamente cuanto Bernadette estaba haciendo.

La niña comenzó a escarbar la tierra con sus manos; la roca se había ablandado y un fango negruzco salió de allí, con el cual ella se frotaba el rostro, llena de santa unción, porque la Señora se lo había mandado. No era agua todavía, sino tierra húmeda, fangosa, con la que se embadurnaba rostro y brazos, despertando la hilaridad en todos los presentes.

—¿Qué está haciendo? ¿Por qué se embadurna la cara? —preguntaban unos.

—¿Está loca!—decían otros.— ¡Vaya un milagro!

—Si parece un gorrino revolcándose en el cieno...

La risa fué corriendo hasta los más alejados: los comentarios eran crueles. Bernadette les miraba a todos con sus ojos inocentes, puros y cándidos. La Señora le había dicho que bebiere del manantial y que se bañara en él... y ella había obedecido.

—Vamos, vamos, hija mía... ¡pobre hija mía! Vámonos a casa...—murmuró Luisa, cogiendo a su hija por el brazo y obligándola a seguirle, pues todos se burlaban de ella y su madre era la única que podía defenderla de aquella multitud que se había tornado hosca y cruel.

—Pero no me puedo marchar... La Señora me ha dicho que busque el manantial y que beba de su agua...—afirmó Bernadette, a la que no podían arrancar del suelo.

—¡Un manantial en la roca! Vamos, vamos, pequeña, cálmate... vamos...

Se la llevó a viva fuerza, cruzando por entre la multitud, a la que Jacques arregó con estas palabras:

—¡Ciudadanos! Al fin habéis visto con vuestros propios ojos lo que nosotros sabíamos de antemano. Esa es la historia de la aparición de la Virgen, una historia que sólo ha cabido en la mente perturbada de una idiota. Os recuerdo para que marchéis tranquilos a vuestras casas y jamás volváis a aparecer por aquí...

La multitud, lentamente, se disolvió. Sólo quedaron al pie de la gruta Antonio y Buriet, el viejo amigo de Sourbous, que, acercándose al muchacho, le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—No estés triste, Antonio... Ya te decía yo que no tendrías demasiadas esperanzas ni demasiada fe en lo que decía esta chiquilla. Ya sabía yo que el roca no florecería... No hay que errar demasiado en...

—¡Oh, calla ya! — exclamó Antonio, que se dejó caer en un pequeño talud, sentándose en él con un profundo desaliento — ¡Vete y déjame en paz!

—Desde pequeños nos meten en la cabeza la bondad de Dios y de la Virgen — siguió diciendo Buriet, que no estaba dispuesto a callar — ¡La bondad de la Virgen!... ¡Ha sido buena ahora con esa pobre niña? ¡Ha sido buena conmigo, con Buriet, el mejor escultor que hay en Lourdes? ¡Bah... nunca olvidaré aquel día en que estaba esculpiendo una imagen de la Virgen para el altar de la iglesia, cuando una chispita de mármol saltó del cincel y se me clavó en este ojo, deján-

dolo inútil! ¡Así es cómo me pagó la Virgen que yo hiciera su retrato...!

Antonio no le contestó; tenía una mano apoyada en el suelo y la otra, con el codo sobre la rodilla, sostenía su cabeza que le pesaba dolosamente por todo lo que acababa de ver y escuchar. Tan absorto estaba en sus ideas que, al notar en la mano una leve humedad, la secó inconscientemente en su pantalón de pana y volvió a ponerla en el suelo, en aquella postura del más completo abandono; pero ahora era un chorro de agua el que le hacía la mano; miró sobresaltado y dió un grito de júbilo:

—¡El manantial!... ¡Buriet!... ¡Buriet!... — gritó, haciendo volver sobre sus pasos al pobre hombre que se encaminaba ya en dirección al pueblo.

Buriet volvió.

—¿Qué pasa, Antonio? ¿Qué tienes?

—¡Mira... allí... donde ha escarbado Bernadette la tierra!... ¡Mira qué chorro de agua brota del hoyo! Bernadette lo ha dicho... La Señora le ha ordenado que abriera ese manantial... ¡Y la han llamado loca, idiota, estúpida! ¡Oh, mira, mira cómo burbujea el agua, cómo cada vez es más grande el chorro!

—¡Oh... llama... llama a los otros... que todo el mundo venga a verlo! — gritó Buriet entusiasmado.

Dieron grandes voces y aquellos que alcanzaron a oírles, volvieron sobre sus pasos. El chorro de agua brotaba claro y canturín de la misma roca, formando ya un pequeño estanque en torno a él. Buriet cogió el agua con alegría, se bañó en ella una y otra vez los ojos y gritó, poseído de una exaltación creciente:

—¡Milagro!... ¡Milagro!... ¡Milagro!... ¡Veo! ¡Veo!

Corrió alocadamente hacia el pueblo a dar la buena nueva. El, el que menos creía en la posibilidad de los milagros, era el primero en ser favorecido por la gracia de Dios.

Entró alocadamente en casa del doctor, pasó por la sala de espera, sin hacer caso de los que protestaban de la intromisión, y penetró en el despacho, diciendo:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

—Vamos, vamos, cálmate, Barlet —le dijo el doctor—, y cuéntame qué te ha pasado.

—¡El agua de la gruta, doctor! ¡Me he lavado en el agua de la gruta y veo!... ¡Es un milagro!

—Veamos, voy a examinarte. Mira fijamente al mismo punto... No veo nada extraordinario en tus pupilas. A ver, dime si puedes leer con el ojo derecho—le dijo, mostrándole el cartel que tenía para examinar la potencia de la vista de sus enfermos.

—No, doctor.

—¿Y con el ojo izquierdo?

—No, doctor.

—¿Y con los dos ojos a la vez?—insistió el doctor.

—No, doctor; pero es porque no sé leer... ¡nunca he sabido leer, pero veo, le veo a usted, veo todo lo que hay en la habitación, veo perfectamente esas cosas negras que hay en el cartel!... ¡Es un milagro! ¡Es un milagro! ¡Es un milagro!

Y con aquella palabra en los labios, salió del despacho del doctor Dosous y corrió por todo el pueblo, ebrio de alegría.

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

La voz de Barlet llegó hasta la casa

de Carlos y Croisina, aquel matrimonio vecino de los Soubirous que tenían a un único hijo enfermo y raquítico. Junto a la cuna del niño se hallaba el doctor, que había ido a visitarla. El chiquitín no daba muestras de vida. Sus piernas estaban rígidas, su rostro cadavérico, sus ojos vítreos.

—No hay esperanza ninguna de salvarle... —dijo el doctor Dosous con amargura—. El ataque es muy fuerte y, caso de que lograra vencerlo, quedaría parálítico para toda la vida.

—¡Oh... yo no quiero que el niño muera!—gimió Croisina, abrazándose a su marido.

—Mejor es que se vaya al Cielo, que verle toda la vida arrastrarse como un ser inútil—la consoló el marido, queriendo hallar en él fuerzas que le faltaban, porque también a él le dolía perder a aquel niño que era toda la alegría de la casa.

—No, no. Ve a buscar a Luisa Soubirous. Ella lo ha curado otras veces...

—Luisa está en la gruta. No he podido dar con ella. Dicen que ha brotado un manantial...

Croisina no escuchó más. Se acercó a la cama del pequeño, lo tomó en sus brazos, lo envolvió en una manta y salió corriendo, seguida de su marido que en vano intentaba detenerla.

Llegó a la gruta casi sin alientos, y el niño fue bañado en el gran charco formado por el manantial, poseída de aquella fe grande y ciega que todo lo alcanza.

Los presentes se quedaron en suspenso, mirando fijamente a aquella criaturita que ya parecía estar muerta, cuando, de pronto, el llanto del niño rompió el religioso silencio que rodea-

la la gruta y sus piernecitas inmóviles patalezaban en el agua helada que brotaba sin cesar de la misma roca.

—¡Dios mío... gracias... gracias!... ¡Me has devuelto a mi hijo!—suspiró Coislina, envolviendo de nuevo al niño en la manta y estrechándolo locamente, apasionadamente sobre su corazón de madre.

Aquel caso fué visto por el doctor Dorous con verdadero interés. Era algo demasiado grande para poder ser juzgado simplemente. Llamó a uno de sus colegas y los dos examinaron detenidamente al niño.

—Desde luego, no hay parálisis nerviosa ni muscular—dijo el colega que había acudido a la llamada del doctor Dorous.

—¿Y esto quiere decir...?—inquirió el padre del niño con el ansia reflejada en sus ojos.

—Esto quiere decir, amigo mío, que ayer las piernas del niño estaban paralizadas totalmente, y que hoy las puede mover igual que usted o yo. Por esto deseaba conocer la opinión de otro médico, pues yo mismo no acertaba a explicarme lo sucedido. Han cesado las temperaturas altas, no se han repetido las convulsiones, el niño está tranquilo y se mueve con facilidad en su cuna.

—Por todo lo cual hay que reconocer que el agua de la gruta de Massabiél contiene un poder desconocido, una substancia terapéutica que es preciso analizar y descubrir —añadió el otro médico, que no salía de su asombro ante la rápida curación del niño.

—Me creo en el deber de dar cuenta de este caso en las revistas médicas en las que colaboro... Y aunque no será tarea fácil escribir todo lo que

ha sucedido, debo hacerlo... No soy de los que creen fácilmente en las cosas que no puedo ver... pero este caso lo he visto, ha estado en mis manos, lo he palpado; no puedo dudar de él. ¿Qué dice usted a todo esto, Padre Pomian?—añadió el doctor Dorous dirigiéndose al joven sacerdote que permanecía en el mutismo más absoluto.

—Los religiosos debemos creer en todas las cosas extraordinarias. No podemos ser materialistas como los médicos—dijo—. Nuestra religión nos enseña a creer sin ver... aunque ello resulta a veces muy difícil. La noche pasada, cuando vine para rezar las plegarias de los agonizantes, todo era oscuridad... Ahora todo irradia luz... Señores, buenos días.

Salíó de la casa sin añadir palabra. El caso era tan extraordinario que no podía pronunciarse ante él en uno u otro sentido, porque era delicado y de fácil deslío el hacerlo. Por esto prefirió dejar en suspenso su opinión, mientras los padres del niño daban a los cuatro vientos la noticia de la curación de su hijo atribuyéndolo a un milagro del agua de Massabiél.

Todo el pueblo habló de ello. A las gentes sencillas, humildes, que día tras día habían acudido a Massabiél en espera de un milagro, no les costaba trabajo ninguno creer en lo que sus ojos habían esperado tanto tiempo y ahora veían. No buscaban explicaciones científicas ni diplomacias religiosas; sólo veían la Verdad, aquella Verdad que se complace en mostrarse a los humildes, porque fué la que, al hacerse Carne, nació en un misero Portal y vivió los treinta y tres años de su vida rodeado de gentes humildes y

sencillas igual a las que hoy creían, con fe inquebrantable, en el divino milagro de Masabiél.

Sonbrosa y su esposa, cuando vieron entrar a su hija Bernadette, tan humilde y sencilla como los demás días, sintieron que su corazón se sobrecogía: ¡era la que había hecho brotar el manantial de la roca! ¡Era la que hablaba con la hermosa Señora! ¡Era la que había curado al hijo de Cécile y Carlos!... Y entraba, como cada día, sonriendo con su dulzura habitual, y decía simplemente, sencillamente, las palabras ordinarias:

—Buenas noches, papá... Buenas noches, mamá.

También en la Parroquia dos corazones estaban alterados e inquietos, asombrados y sobrecogidos por lo extraño del caso: el Padre Peyramale y el Padre Pomian.

—Los dos médicos aseguran que el cambio operado en el niño nada tiene que ver con la ciencia; que ha intervenido un algo extraordinario y maravilloso que ellos mismos no pueden explicar: que el niño estaba parálítico, agonizante... ¡y ha recuperado su salud! Es como para dejarle a uno perplejo y desorientado—decía el Padre Pomian, con el ímpetu fogoso de su juventud.

—Sí... también yo estoy perplejo y desorientado...—murmuró con pensada calma el Padre Peyramale, reflexionando hondamente en lo que era la habladora de todo el pueblo.

Y en la explanada que se extendía ante la gruta de Masabiél, la multitud crecía día a día, atraída por lo que de ella se contaba, queriendo ver por sus propios ojos el chorro de agua que brotaba de la roca, y a aquella Se-

ñora que hablaba a la inocente niña de Lourdes.

Pronto los negociantes, los que aprovechan todas las circunstancias y están siempre en todas partes, tomaron pie ante Masabiél: unos ofrecían manjares a los que se pasaban allí horas y horas en espera de ver a la "Señora", otros ofrecían medallas y estampas pías para que las pasaran por la roca en el momento en que Bernadette diera muestras de ver la aparición.

—Es una vergüenza y una ignominia lo que está ocurriendo—decía Jacomet, que no se daba por vencido y que estaba empeñado en acabar con lo que él seguía creyendo que no era más que una superchería de la niña—. Desde el amanecer hasta bien cerrada la noche la muchedumbre lo invade todo. ¡Es preciso dispersarla de una vez para siempre! ¿Qué podríamos hacer?

—Esperar a mañana—aconsejó Callet con calma—. Bernadette asegura que la Señora le dijo que fuese a verla durante quince días. Mañana hará los quince días y todo el mundo está esperando a ver qué es lo que pasará. Esperemos a mañana y luego podremos obrar en consecuencia.

La gente, en espera de la hora en que había de llegar Bernadette para hablar con la Señora, rezaba en voz alta el Santo Rosario, impetraba favores a María, cantaba, alzando las antorchas a lo alto al son de su canción, las saluciones marianas: "Ave, Ave, María..."

Anochecido llegó Bernadette, acompañada de su madre y de su tía Bernarda, y se postró ante la cueva ungida por aquella luz que parecía venir

de lo Alto y transformar a la chiquilla en un ser irreal y divino.

—Dime cuando la veas...—rogó tía Bernarda, que siempre había creído en Bernadette, pero que hubiera deseado poder comprobar con sus propios ojos aquella verdad.

—¿No sabes todavía cómo se llama? —inquirió Luisa, hablando en un susurro al oído de su hija.

—Hoy se lo preguntaré... —replicó Bernadette, que sonreía ya a la Señora, que también la sorcía desde lo alto de la roca.

Se hizo un solemne silencio. Bernadette tenía fijos los ojos en la aparición y movía sus labios como si con ella hablara, pero luego su rostro se quedaba inexpresivo, interrogador, extrañado.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó su madre, inquieta.

—No sé... no lo he entendido.

—¿Lo has olvidado?

—No, no. Me lo ha repetido varias veces. No lo he olvidado. Me ha dicho: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

—¿La Inmaculada Concepción! —exclamó tía Bernarda, haciendo la señal de la Cruz.

—¿La Inmaculada Concepción!... ¡La Inmaculada Concepción! —se fué repitiendo como una oración por toda aquella multitud que estaba pasmada ante aquella nueva.

Bernadette fué llamada a la Parroquia y el Padre Peyramale, en presencia del Padre Pomian, la interrogó sobre aquella frase que era la coronación de aquellos quince días de espera.

—¿La Inmaculada Concepción! ¿Tú sabes lo que esto quiere decir, Bernadette? —preguntó el Padre Peyramale a

la niña, que estaba sentada entre los dos sacerdotes y les escuchaba como si no fueran dirigidas a ella sus palabras, como si hablaran con alguien que podría responder mejor que ella a sus preguntas.

—No tengas miedo, hija mía... No quiero reñirte, sino ayudarte. ¿Sabes lo que significa decir: "Yo soy la Inmaculada Concepción"?

—No, Padre, no sé lo que quiere decir—respondió la niña, francamente.

—¿Sabes lo que quiere decir "Inmaculada"?

—¡Oh, sí, eso sí! ¡Una cosa inmaculada es una cosa limpia, sin mancha! —explicó Bernadette, contenta de poder contestar.

—Bien... ¿Y concepción?

—No, Padre.

—Bueno, dejaremos esto por el momento y te explicaré, primero, lo que quiere decir pecado original...

—Sí, Padre, el pecado original fué el que cometieron Adán y Eva en el Paraíso al desobedecer el mandato de Dios.

—Muy bien, hija mía; olvidaba que te estabas preparando para la Primera Comunión y que el Padre Pomian te explicaba todos los dogmas de nuestra Doctrina. ¿Te ha explicado también el dogma de la Inmaculada Concepción? ¿O Sor María Teresa te ha hablado de él?

—No, Padre, nadie me lo ha explicado... y al me lo han explicado alguna vez, no lo recuerdo —murmuró Bernadette con sus ojos muy abiertos, ingenua, sincera, que no podían engañar.

—Bien, yo procuraré explicártelo... La Santísima Virgen, María fué preservada del pecado original desde el

primer instante de su existencia. Dios le concedió esta gracia porque tenía que ser la Madre de Jesucristo... ¿Lo comprendes ahora, Bernadette?

—No, Padre — replicó Bernadette, sin abandonar su aire candoroso e infantil.

—Eres ya lo bastante mayor para comprenderlo, Bernadette... Pero esta si lo vas a entender; si la Santísima Virgen fuera la que te hablara, nunca podría decirte: "Yo soy la Inmaculada Concepción", porque concepción, como nacimiento, es un acontecimiento de la vida, de modo que ninguna persona pueda ser un acontecimiento... Tú no puedes decir: "yo soy una concepción" o "yo soy un nacimiento"... ¿Comprendes? Por eso esa Señora ha cometido un grave error al decirte: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

—La próxima vez que la ves se lo diré, Padre — afirmó Bernadette, que no había entendido gran cosa de lo que el Padre Peyramale le acababa de explicar.

Peyramale se paseó en silencio breves instantes y luego se paró frente a la niña, mirándola con ternura infinita:

—¿Qué podrías hacer contigo, Bernadette? Tus ojos son ingenuos, tus palabras sinceras... y yo no puedo creer en ti. Hoy menos que nunca. Soy tu confesor, Bernadette, y te ruego que me digas la verdad. Que me confieses que tu padre, o tu madre, o tu tía Bernarda son los que te engañan todas esas frases y esas visiones.

—¡Pero, Padre, yo no puedo confiar eso que decís porque no es cierto! Nadie me ha dicho nada. Sólo la Señora me ha hablado.

—Bernadette, hija mía, ¿no has pen-

sado nunca en lo que va a ser tu vida futura?—preguntó el Padre, mirando a la niña.

—Igual que la de todas mis compañeras de colegio—replicó Bernadette.

—Después que han recibido la Primera Comunión, las niñas son ya muchachas mayores y van a los bailes y a las fiestas y allí conocen a chicos de su edad y condición y, si Dios lo tiene así destinado, un día se casan, forman un hogar y tienen hijos. ¿No te gustaría ser una de esas muchachas?

—¡Claro que sí que me gustaría! Me gustaría mucho poder casarme un día, como hizo mamá, y tener hijos...

—¡Entonces, despierta, Bernadette, despierta! Estás jugando con fuego y vas a destruir tu propia vida...

El pueblo en masa acudía a diario a la gruta de Masabiél en busca del agua milagrosa que había curado la ceguera de Buriel y la parálisis infantil del niño de Croisne. Con esa ingenua credulidad de las gentes sencillas, creían que el agua que había brotado milagrosamente de la roca tenía que remediar todos sus males, y acudían con grandes cántaros, con garrafones, con enormes cubos para poder proveerse de ella y tenerla en casa para cualquier necesidad.

Masabiél se había convertido ya en un centro de peregrinación. Iban allí gentes de lejanas aldeas que llevaban a sus enfermos en angarillas, o en ca-

rentas tiradas por bueyes, a la usanza de la tierra vasca, o en cochecillos a los que iba enganchado el caballo de trabajo de la casa de labor.

El agua de Masabiel era codiciada por todos, tan codiciada que las autoridades creyeron llegado el momento de intervenir, cercar el manantial y cerrarlo al acceso del público, porque aquello podía ser explotado seriamente y correspondía al Gobierno su explotación directa. Si se descuidaban, cualquiera podía quitársela aquella incalculable fuente de ingresos que se había abierto, por arte de birlibirloque, de las entrañas mismas de la tierra. Era un filón que podía producir más, mucho más que una mina de oro.

Y Dutour, en su incredulidad rayana en la herejía, fué quien dió la orden de construir la valla y de fijar en ella un cartel que decía así:

"Todas las aguas, vengán de una fuente, de un pozo, de un manantial o de un río, no pueden ser bebidas por nadie antes de que hayan sido sometidas a un riguroso análisis químico, a fin de evitar posibles males que dichas aguas pudieran contener y propugar en forma epidémica".

—¿Qué te parece mi idea? —decía Dutour a su inseparable Lacade, después de haberle leído el anuncio que debía fijarse en la cerca.

—¡Magnífico! Es bastante para acabar con toda esa superchería... y lucrarnos nosotros, digo, el Gobierno, de los beneficios que pueda reportar el agua si realmente resulta medicinal después de hecho el análisis químico.

—Y todavía he hallado algo mejor para acabar con esas procesiones de lesionados, inválidos, ciegos y hasta leprosos que vienen a beber del agua de

Masabiel... Hay una Ley muy antigua que castiga severamente a los que recogen aguas que no están reconocidas como potables. Castigáremos, pues, a los delinquentes, y así acabaremos con toda esa comedia.

—Pienso, Dutour—murmuró Lacade, entornando los ojos como si meditara gravemente—, que acaso viayamos demasiado lejos en todo este asunto... Nosotros no podemos oponernos a los posibles designios de la Providencia respecto al manantial de Masabiel... Después de todo, amigos míos, creo que ninguno de nosotros desea oponerse al mandato de Dios...

—Su repentino fervor religioso me conmueve hondamente, Lacade—replicó Dutour con profunda ironía—. ¿Puede haberse emulado por el hecho de que el desfile de masas que atraen a Lourdes los milagros de ese manantial es una inagotable fuente de ingresos para la ciudad?

—¡Excelencia, me ofendías! Aunque no es para echar en saco roto el hecho de que nuestros hoteles estén llenos, de que nuestros cafés rebosen de clientela y de que todas las tiendas de la ciudad conozcan una era próspera como jamás habían conocido...

—...Y tenemos la seguridad de que se construya el ferrocarril, porque también representará una bonita fuente de ingresos para la red ferroviaria del país el flujo y reflujo de los visitantes de Masabiel—añadió Dutour, que sólo podía mirar desde el punto de vista mercantil aquello que venía de los altos designios de Dios y que nada tenía que ver con la castrera codicia humana.

—Sí, es cierto. Pero dejando aparte todo esto—dijo Lacade, que hacía pla-

nas para construir hoteles y embotellar el agua—yo no hago más que pensar en toda esa multitud que soporta incomodidades, angustias y privaciones para venir hasta aquí en peregrinación, con la esperanza prendida en su alma y la fe rebosando de sus corazones. Si ellos vienen en busca de la misteriosa agua que brota de la roca, ¿por qué les vamos a privar nosotros de esa esperanza? ¡Dejémoslos!... Y luego pensamos en todos los centenares de miles de gentes que no pueden venir a Lourdes... y embotellemos el agua para ellos y vendámosla a los cuatro vientos, a todos los países de los cuatro continentes.

Dutour miró a su amigo de alto a abajo, con un poco de desprecio, y replicó:

—Bien, meditemos con calma en todo eso. Lo primordial es tener curada la gruta y el manantial.

—Así acabaremos con esa epidemia de gentes de todas clases que vienen creyendo en esa "Señora" de la que tanto ha hablado esa chiquilla loca.

—Para acabar con una epidemia, mi querido amigo, precisa primeramente eliminar la causa... Y mientras Bernadette se empeña en llevar fija en su imaginación a esa "Señora", la seguirá viendo en cualquier parte que esté: al lado del río, o en el zaguami en donde vive, o en cada rincón de la ciudad por donde ella pase, o en la cárcel, si la metemos en un calabozo... La valla que hemos construido en torno a Masabial tendríamos que construirla en torno a su imaginación... Hasta que no se dictamine, por una eminencia médica, su estado de locura, arrastrará con ella a las multitudes.

Por eso he escrito al doctor Debos. Hoy mismo llegará.

Dutour sonrió satisfecho de sus grandes ideas y, unas horas más tarde, se encontraba en aquel mismo despacho, pero a presencia del Doctor Debos y de Bernadette que había sido llevada por la fuerza pública, como cada vez que se trataba de hacerle una nueva investigación.

Se mantenía la chiquilla a respetuosa distancia de ellos, mientras sostenían una animada conversación referente al caso que les apasionaba no sólo a ellos, sino a toda Francia.

—Ha sido examinada varias veces por el doctor Desous, pero me parece que nunca lo ha hecho de una manera completa—explicaba Dutour al médico venido de París para hacer un examen más condensado del caso.

—El doctor Desous es un creyente práctico, y, además, no ha profundizado nunca en el estudio de la psiquiatría que es de muy reciente aplicación. Mi querido colega puede creer en los milagros... mientras usted cree que la niña está loca...; porque el doctor Desous es un católico ferviente y usted es un escéptico—dijo el doctor Debos.

—Tengo el mayor de los respetos por la ciencia médica y como hombre de leyes que soy yo, no puedo emitir opinión alguna al respecto. Prefiero que examine usted a la niña y dé un diagnóstico exacto. Sólo quiero decirle que día tras día ha estado como en éxtasis ante una cosa, asegurando que hablaba con la Santísima Virgen.

—Esas visiones son síntomas peculiares de paranoia. Tengo varios casos entre mis clientes. ¡Esa niña ha podido ir y venir a su antojo por todas partes!

—Sí. El diagnóstico favorable a la chica pronunciado por el doctor Debona hizo imposible que se la internara en una casa de salud, como hubiera sido mi gusto.

El doctor Debona hizo avanzar a Bernadette, que se acercó a ellos con su natural sencillez, y le hizo varias pruebas, obligándola a sostenerse ya sobre un pie, ya sobre otro con los brazos extendidos y los ojos cerrados.

—¿Por qué no te aguantas firme sobre un solo pie?—preguntó el doctor a Bernadette, que vacilaba temblorosamente en aquella incómoda posición.

—Porque estoy muy cansada, señor—replicó la niña con acento infantil.

—Bien, puedes sentarte. Voy a hacer un pequeño examen intelectual. Veamos... ¿cuántas horas tiene el día?

—Veinticuatro.

—¿Cuántas días tiene la semana?

—Siete.

—¿Cuánto son siete por cinco?

—Treinta y cinco.

—¿Y diecisiete por ocho?

Se quedó pensando breves momentos y luego replicó con sencillez:

—No lo sé, señor.

El doctor sonrió y Bernadette preguntó, levantándose:

—¿Puedo retirarme?

—Sí; si te necesitamos de nuevo te volveremos a llamar—le dijo Dutour.

Deliberaron sobre el caso y decidieron internar a Bernadette. Pero se encontraron con la oposición del Padre Peyramale.

—Señores... ustedes dirán en qué puedo serles útil—dijo el sacerdote después de haber saludado a los dos caballeros.

—Vengo—dijo el doctor Debona—como representante del Departamento

Médico de la Administración Provincial; soy psiquiatra y acabo de examinar detenidamente a Bernadette Souhiron, y desearía poder tenerla en observación algunas semanas, para diagnosticar con exactitud.

—y si no se la somete a esa observación, nos veremos forzados a aplicar la ley en un artículo 2—insinuó Dutour.

El Padre Peyramale, cerrándoles el paso, se enfrentó, valientemente, con el Representante de Su Majestad.

—Es el caso más vergonzoso de hipocresía que he conocido hasta ahora y no estoy dispuesto a dejar sorprender mi buena fe. No solamente esto, sino que estoy decidido a defender a esa niña ante todo Francia. Acércate, Bernadette—dijo, dando la mano a la niña y haciendo que se acercase al grupo—Conozco a esta niña tan bien como la conoce usted, señor Dutour. Ni está loca ni es una amenaza para sus convecinos. Si persisten en la idea de hacerla encerrar, caballeros, les prevengo que tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

Y ante el silencio que siguió a sus palabras, sin dejar la mano de la niña, le dijo con acento paternal y lleno de ternura:

—Vámonos, hija mía.

La internó en el Hospital de las Hermanas de la Caridad. Allí estaba más segura que en su casa, porque las Hermanas velarían por ella y el mismo podría atender a todo cuanto ocurriera, porque el Hospital estaba bajo la jurisdicción eclesiástica de su feligresía.

Aquella noche, cuando ya Bernadette estaba en la cama, con su carita entristecida por la obstinación de las gentes en no querer creer en su gran

Verdad, se vió sorprendida con la presencia de San María Teresa que se acercó a ella diciéndole, en aquel tono rígido y grave con que siempre hablaba y que endurecía más la presencia de Bernadette:

—La Madre Superiora me ha mandado que viniera a dormir contigo para hacerte compañía.

—¡Oh... cuánto siento molestarla!— suspiró la niña.

—No me es molestia, al contrario, bendigo la oportunidad de poder hablarte largamente antes de abandonar Lourdes. Mañana me voy a Nevers, destinada a otra de nuestras Casas. El Padre Peyramale ha ido a hablar de tu caso con el señor Obispo de Tarbes y te va a defender ante él. Sólo quiero que sepas que, a pesar de todas tus estratagemas para engañar a la mayoría de la gente, incluyendo al Padre Peyramale, hay una persona que no cree en tí... y esa persona soy yo.

—Nunca he pretendido que me creyera usted, Sor María Teresa.

—Si esa es una de tus réplicas desconcertantes con las que pretendes deslumbrar a los que te escuchan, puedes quedarte callada, porque a mí no me impresionan... Eras feliz, Bernadette, de no haber vivido en tiempos pretéritos, cuando a quienes como tú, tenían visiones o pretendían tener relación misteriosa con el más allá, se les quemaba vivos en medio de las plazas públicas... He pasado mucho por tí, noche tras noche, y seguiré pasando para que tu alma no se pierda, para que encuentres de nuevo el verdadero camino de nuestra religión... Buenas noches, Bernadette.

—Buenas noches, Hermana...— murmuró Bernadette, desconcertada por

aquellas palabras, pero tranquila y dulce como siempre, porque parecía que todo lo que iba contra ella resbalaba por encima de su alma sin herirla ni contaminarla.

El Padre Peyramale, como le acababa de decir Sor María Teresa a Bernadette, había ido a Tarbes para hablar con S. E. el señor Obispo.

—Vengo, ante todo, a defender la causa de la justicia—había dicho el Padre Peyramale a un Superior autoridad—. Las autoridades civiles se han confabulado para aniquilar a esa niña, y esa niña es la elegida del Señor.

—La Iglesia no acostumbra interponerse en lo que la autoridad civil dicta—replicó el señor Obispo—. Y particularmente, en el caso de Bernadette Soubirous, nos hemos trazado el camino de permanecer al margen de la cuestión.

—Pero, Eminencia, es preciso un cambio de política en este caso. Comprendo que no tengo derecho a hablar así... Sé muy bien que yo soy el único que ha hablado con esa niña... y que comencé por no creer en ella... pero que he tenido que confesarme a mí mismo que acaso sea cierto que Dios se sirve de ella para hacer milagros.

—¡Oh, mi querido Peyramale! Únicamente el Sagrado Concilio puede determinar si un fenómeno determinado es un milagro o un simple hecho natural.

—Cierto, Eminencia... y por eso he venido a solicitar que se nombre un Tribunal Eclesiástico para que haga una investigación.

—Des o tres curaciones notables no son causa suficiente para que se nombre ese Tribunal.

—Una sola curación milagrosa fué

suficiente para que la multitud acuda a Lourdes viniendo desde centenares de leguas de distancia—replicó el Padre Peyramale.

—Bien, me habéis convencido; se nombrará el Tribunal... pero tenga en cuenta que surgirán algunos obstáculos... Antes de que sea nombrado debe usted conocer, Padre Peyramale, que el Tribunal sólo puede pronunciar dos o tres fallos decisivos. Primero: que usted es un impostor, en cuyo caso, usted y la pequeña Soubirous se verán recluidos en la prisión. Segundo: usted está loco y la pequeña Soubirous también, y si es así los dos irán a parar a una casa de salud. Tercero:

—que la pequeña Soubirous es, realmente, un ser excepcional elegido por Dios para sus fines. —concluyó el Padre Peyramale—. ¿Cuándo comenzará su investigación el Tribunal?

—No será cosa fácil; porque los hombres de ciencia, los químicos, los geólogos, no podrán realizar sus investigaciones mientras la gruta esté sellada por la autoridad civil.

—Una carta de Vuestra Eminencia bastaría para que la orden fuera retirada.

—No; debe ser el Emperador quien dé la orden—replicó el Obispo.

—¿Por qué no se lo suplicáis, Eminencia?

—¡Nunca! No tengo la menor intención de hablarle de este asunto. No debe ni siquiera sospechar que se va a constituir ese Tribunal... Mi actitud le denunciara, y no es cierto, Padre Peyramale?

—Sí... francamente...

—Voy a dar a esa "Señora" de quien tanto habla Bernadette una oportunidad para que me muestre en po-

der... Si en realidad es la Santísima Virgen, nada es imposible para Ella... y puede darse a conocer al Emperador y hacer que éste dé la orden de que la gruta sea abierta... Si es, en cambio, una superchería de una mente exaltada, la gruta continuará herméticamente cerrada para no dar más pábulo a una superstición que pudiera degenerar en crimen... y ese Tribunal de que se hablaba, se desvanecerá en el aire, como el humo...

Pero la Santísima Virgen hizo aquel milagro. Y lo hizo con tanta sencillez que, de no haber sido pronunciadas por el señor Obispo aquellas palabras de humana duda, nadie hubiera podido reparar en él.

Desafiando las iras de la policía y la responsabilidad en que pudieran incurrir, las gentes que tenían fe en el agua milagrosa irrumpieron un día en la gruta, arrancando unos maderos de la valla y aprovecharon para hacer gran provisión de aquel milagroso líquido que seguía brotando de la roca en toda su pureza.

Fueron detenidos muchos de ellos, confiscados los frascos en que se llevaban el agua y se les hizo comparecer ante el juez instructor, que les tomaba declaración uno tras otro, imponiendo a cada uno de ellos la multa correspondiente.

Una de los detenidos no pudo pagar la multa que se le señalaba, pero tras él venía una dama de porte distinguido, elegantemente vestida que, abriendo su bolsa, dijo:

—Yo pago por él... a condición de que le devuelvan su jarra de agua.

—¿Pero quién es usted? ¿Cómo se llama usted?—preguntó el juez.

—Soy Leontina Bruat.

—¿Acaso tenéis algún parentesco con el Almirante Brumet?—inquirió Dutoir, que se hallaba presente en aquella investigación.

—Es mi esposo—contestó la señora.

—Soy el Fiscal de Su Majestad—dijo Dutoir, haciendo la más cumplida reverencia de corte—. Perdonad que se os haya detenido; quedáis en libertad, pero no podéis llevaros el agua.

—Debo llevármela... ya que he venido a buscarla por orden de una alta personalidad... de Su Majestad la Emperatriz Eugenia. Soy el aya de Su Altera el Príncipe Imperial, que se halla enfermo, y tengo que volver a su lado con el agua milagrosa. (Le ordena de Su Majestad!)

Y así llegó el agua de Lourdes hasta el Palacio Imperial, y la fe de la Emperatriz Eugenia, la que brotaba de su corazón de española y de cristiana, salvó al niño de las garras de la muerte. Y así conoció el Emperador Napoleón III la existencia del manantial de Masabiel.

El reto que el Obispo de Tarbes había lanzado a aquella "Señora" que él creía sólo estaba en la imaginación de una niña ingenua y humilde, había sido aceptado, y la Santísima Virgen, que escogiera a aquella alma cándida para mostrarse a los mortales y favorecerles con su inagotable gracia, había inspirado a la Emperatriz y la había hecho acudir a aquel manantial en busca de la salud de su hijo.

La gruta de Lourdes, por orden del Emperador, fue abierta al público, y acudieron a ella peregrinaciones de todos los rincones de Francia, en largas hileras de devotos que conducían a sus enfermos, a sus lisiados, a sus ciegos, a sus paralíticos, a bañarse en aquellas

aguas en busca de la salud perdida, y resonaba de día y de noche, en todos los ámbitos de la ciudad, el canto que se elevaba al cielo salido de miles de gargantas para fundirse en una sola voz y perderse, camino del espacio, en armonías celestiales:

"Ave, Ave, Ave María... ¡Ave, Ave, Ave María...!"

Fue entonces cuando la Iglesia intervino ya directamente en aquel caso maravilloso, se constituyó el Tribunal Eclesiástico y compareció ante él, en todo un ingenuo candor, aquella niña que llevaba ya reflejada en su rostro la luz celestial que le iluminaba el alma, aquella encantadora Bernadette que contentaba siempre igual, sin alterarse, sin imutarse, sin perder la serenidad, convencida de lo que decía, segura de sí misma, sin vacilaciones ni torpezas, porque sus labios no hacían más que repetir lo que había visto y lo que había escuchado de labios de aquella "Señora" que llevaba fija en su corazón, como la mejor prenda de su amor celestial.

—...y luego me dijo que fuera al otro lado y que comiera de las hierbas que allí crecían... y yo hice lo que la "Señora" me ordenaba.

—No comprendo—la interrumpió uno de los jueces que la estaban juzgando—cómo pudo la "Señora" ordenarte una cosa tan repulsiva, cómo pudo indicarte que comieras hierba, como si fueras un animal.

—Cuando usted come lechuga, ¿come como si fuera un animal? —replicó Bernadette con aquella réplica desconcertante que muchas veces tenía y que hacía vacilar a los que la interrogaban.

—Sigue... sigue...—murmuró el sacerdote, zarraspeando para no contra-

tar directamente a la pregunta intempestiva de la niña.

—Y escarbé la tierra con mis manos para encontrar el manantial, como me decía que hiciera la Señora...

Y esto lo repitió Bernadette durante días y días que duró el estudio del caso por el Tribunal Eclesiástico, compareciendo, ya ante uno solo de sus jueces, ya ante el pleno, y siempre con la misma calma y con idéntica serenidad, no contradiciéndose nunca, explicando en todos sus detalles, y siempre igual, la primera aparición, las sucesivas visitas de la "Señora" y cada una de las palabras que Ella le había dirigido.

El Padre Peyramale, cuando ya el Tribunal llevaba varios días de sesiones continuas y de estudio, llamó a Bernadette a su despacho. Aquella niña era ahora su predilecta, era la venerada por su corazón, que había despertado a la luz, y creía en las palabras de la chiquilla que ni por un solo instante perdió nunca ni su serenidad ni su candor.

—Ven aquí, Bernadette, junto al fuego, siéntate a mi lado. Marzo está terminando, pero el frío se deja sentir aún muy intenso. Vamos, siéntate.

—Gracias, Padre—replicó la niña, sentándose en aquella su posición favorita, con las manos cruzadas sobre la falda, rígida la cintura, tesa en el asiento, como si sólo apoyara en él levemente su cuerpecillo delgado y endeble.

—Senti mucho no poder asistir al casamiento de tu hermana el pasado martes. Pero el Padre Pomian me dijo que estaba muy loco.

—¡Oh, sí, hubo muchos dulces y pas-

tales! ¡Todo fué muy bonito!—exclamó Bernadette con entusiasmo.

—Ahora tu hermana dejará su puesto en casa de madame Millet, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Se va a vivir a una granja con su marido; yo me quedaré con madame Millet como sirvienta—replicó Bernadette.

—Eso es lo que me han dicho y de esto, precisamente, quería hablarte.

—El trabajo no es pesado y paga muy buen sueldo... La "Señora" me dijo que yo nunca sería feliz en este mundo, pero puedo asegurar que soy completamente feliz, porque he encontrado un buen empleo y...

—¿y porque Antonio es un muchacho apuesto y guapo?—concluyó el sacerdote, porque, como dijo el poeta: "para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal".

Bernadette bajó la cabeza ruborosa y permaneció en silencio. El Padre Peyramale le agitó una mano y la preguntó con ternura:

—Bernadette, ¿tienes idea de lo que está realizando el Tribunal Eclesiástico?

—Sí, señor... Ha interrogado y examinado a todos los que se han curado en la gruta de Massabiél.

—Sí, pero además se ocupa incesantemente de ti, Bernadette, porque han admitido la posibilidad de que seas una elegida de Dios y de que te haya facultado para realizar milagros como los que está realizando el agua que brotó de tus manos aquella tarde, ante la imagen de la "Señora"... ¿Y sabes lo que todo esto significa? Significa que durante generaciones y generaciones la Iglesia te venerará y las multitudes invocarán tu nombre.

—¡Oh... pero esto no puede ser... no

debe ser! Yo no he hecho nada más que obedecer los mandatos de la Señora!—replicó Bernadette con el candor reflejado en sus pupilas dilatadas por la extrañeza que le producían las palabras del sacerdote.

—Escucha, Bernadette — prosiguió éste — ¡Las Hermanas que te educaron en la escuela, y las que te cuidaron en el Hospital cuando estuviste allí, no han sido buenas contigo?

—¡Oh, sí, Padre, muy buenas...!

—¿No te gustaría a ti ser una de ellas? ¿No has pensado nunca que podrías entrar religiosa?

—¡Oh, Dios mío, no...! Es demasiado para mí... Yo no tengo grandes aspiraciones: trabajar y vivir tranquila al lado de madame Millet, es todo lo que deseo ahora.

—Pero, hija mía... La Santísima Virgen te ha elegido para mostrar a los hombres su inmensa Bondad. Esto es para ti una gran responsabilidad, Bernadette, y, después de lo que has hecho, no puedes volver la espalda a tu propio destino y convertirte en la sirviente de madame Millet... Bernadette, hace mucho, mucho tiempo te lo advertí: estaban jugando con fuego... La "Señora" es un fuego sagrado que ha prendido en tu corazón. El Cielo te ha elegido... y tú tienes que elegir al Cielo, porque la Señora te ha indicado el camino. ¿No lo comprendes mi?

—Sí, padre —asintió la niña bajando la cabeza vencida por aquellas verdades que brotaban de los labios del sacerdote.

—Ya verás como la vida en el convento de las Hermanas de la Caridad, en Nevers, te gustará mucho. Es un Orden hermoso y caritativo, y tu alma

se sentirá florecer entre las de tus Hermanas...

—Padre, cuanto habéis dicho es claro y haré lo que mandéis, exactamente —replicó Bernadette, como si, imitando las palabras de la Virgen Santísima en el momento de la Anunciación, dijera: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su voluntad". Sólo que las palabras de la humilde niña de Lourdes fueron más simples, como lo era su alma apenas rozada por el soplo de la vida, su alma que estaba llena de luz de Dios y que no podía ver ni oír más que las palabras que de lo Alto le llegaban.

—No sufras por tu familia, Bernadette—continuó el Padre Peyramale—. Puedes estar con tus padres hasta que llegue el verano; entretanto yo arreglaré todo lo preciso para que entres en el convento y procuraré que tu padre pueda volver a su molino. Allí él trabajará en su oficio, dignamente, y toda tu familia estará a cubierto de la miseria y del hambre. Nunca más volverá a faltarte nada, porque la Providencia vela sobre la familia de su elegida... No, no, no, no...—murmuró Peyramale, viendo a Bernadette casi postrada a sus pies, besándole la mano devotamente—. Bernadette, levanta... Todavía quiero decirte algo más... aunque como miembro del Tribunal Eclesiástico no debiera decírtelo. Escúchame y atiende, hija mía... Tengo fe en ti, te absolvo y ciega... Creo firmemente en todo cuanto nos has contado... Pero tengo sólo una duda... una duda que no llego a vencer: aquellas palabras que repetiste, como dichas por la "Señora" "Yo soy la Inmaculada Concepción"... Si pudiera confirmar que esta frase no te la dijo la "Se-

LA CANCIÓN DE BERNADETTE

hora", todo sería más fácil y de mejor solución. Si te retractaras de estas palabras, podría conseguirte algún rinconcito del mundo donde pudieras vivir en libertad y llevar la vida normal de todas las muchachas de tu edad... ¿Quieres que te conceda algunas semanas y reflexiones sobre lo que te acabo de decir?

—No, padre, no necesito que me conceda tiempo para reflexionar... No puedo retractarme de esas palabras. Nunca he mentido, ni a vos ni a nadie... He dicho siempre la verdad y estas palabras me las repitió la "Señora". Fue ella la que dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

—Hija mía... que Ella te bendiga. Nunca podremos los seres humanos alcanzar el porqué de los inescrutables designios del Altísimo—dijo el Padre Peyramale, bendiciendo a Bernadette.

* * *

Unas semanas más tarde, cuando ya la primavera había estallado en capullos multicolores por bosques y colinas, por laderas y prados, Bernadette, un capullo más entre todos, pero un capullo de maravillosa e inmaculada blancura, se despedía de sus padres y de sus amigos y de todo el pueblo en masa, que está a su paso y la besaba la orla de su vestido, como si fuera una santa, para ir a encerrarse, entregando así toda su vida a Dios, en el convento de las Hermanas de la Caridad de Nevers.

Hasta el acomodaticio Lacade salió a despedirla, dedicándole frases de comprensión y cariño, recordándole aquellos primeros tiempos en que todos dudaban de ella, en que la creían loca, y deseándole ahora toda suerte de felicidades. Incluso le hizo un pequeño presente, como lo hacían todos los vecinos de Lourdes que salían a despedir a aquella criatura privilegiada con lágrimas en los ojos y palabras de bendición en los labios, porque todos tenían algo que agradecerle y todos amaban a la pequeña Bernadette, a la elegida de Dios, a la que había hecho brutar, a pesar de las risas y de las burlas de sus convecinos, de las amenazas de las autoridades civiles y de la reprobación de la Iglesia, el marañal inagotable que seguía brotando de la tierra y que devolvía la vista a los ciegos, el movimiento a los tullidos, la salud a los que gemían bajo el peso de alguna de esas enfermedades incurables que son lacras de la humanidad.

Así, acompañada por el fervor de todo un pueblo, llegó hasta el coche en donde las Hermanas de la Caridad la esperaban para llevarla hasta el convento.

—Perdonen, Hermanas... Las he hecho esperar mucho tiempo... pero todavía quisiera despedirme del Padre Peyramale...—dijo Bernadette.

—Bien... pero no tarde, porque debemos llegar a Tolosa antes de que sea noche cerrada.

—No, Hermanas, sólo un momento—corrió Bernadette, volviéndose al Padre Peyramale que llegaba junto a ella.

—Bernadette, hija mía; aunque me he despedido de ti esta mañana, quería verte otra vez antes de que partieras... Yo sé que muchas veces se hace

difícil escribir a los que dejamos, pero mira, te doy esta estampa—dijo Peyramale, entregándole aquella misma estampa que una vez quiso darle como premio a su aplicación y que Sor María Teresa le había arrebatado por creer que no la merecía—. Si alguna vez quieres algo de mí, si alguna vez te encuentras en alguna dificultad o en alguna angustia que necesites de mi consejo, mándamela... y comprenderé inmediatamente que me necesitas.

—¡Oh, Padre, gracias! — murmuró Bernadette contemplando con beatífica mirada la estampita que representaba la Sagrada Familia en el Portal de Belén—. ¡Si supiera lo que esta estampa representa para mí...!

Subió al coche y agitó en el aire su mano blanca, fina, útil, en señal de despedida. Y los caballos arrancaron en un trote largo, azusados por el chasquido del látigo del postillón.

Al salir del pueblo, cuando ya habían avanzado por la carretera polvorienta en la que los cascos de los caballos hacían un ruido apagado, como si pisaran una mullida alfombra, les salió al paso Antonio, con un gran ramo de flores en la mano.

El coche paró a una seña del muchacho, que, acercándose, entregó las flores a Bernadette:

—Son para ti—le dijo tímidamente.

—Gracias, Antonio... ¡Son tan bonitas!—replicó Bernadette sonriendo con dulzura.

—No he salido a despedirme de ti en el pueblo, como todos los demás, porque quería decirte algo... algo muy particular... que no quería que los demás escucharan... Quería decirte que mi madre está ya muy vieja... que ella y yo nos avenimos muy bien, porque

siempre hemos vivido juntos... y que he decidido no casarme, porque una madre política y una hija política no se entienden bien, a no ser una hija política que... Bueno, tú ya me entiendes... El caso es que yo quería que tú supieras, antes de marcharte, que yo tampoco me casaré nunca... y que te deseo un buen viaje y mucha felicidad para el resto de tu vida, Bernadette...

Antonio titubeaba en sus palabras, y sus mejillas pasaban de la palidez más intensa al rojo más vivo. Era la emoción más grande que jamás había sentido. Casi superaba a la que sintió aquel día en la Cueva, cuando al agua llegó a lamerle la mano.

Bernadette le dio una larga mirada de despedida, y luego, lentamente, murmuró:

—¡Adiós... Antonio!

Los caballos volvieron a trotar por la carretera, levantando una nube de polvo. Y Antonio se quedó allí, parado, mirando cómo se alejaba el carruaje, y no supo nunca si fué el polvo del camino o el llanto de sus ojos lo que primero borró de su vista la imagen de Bernadette que había de quedar siempre grabada en su corazón.

* * *

A la mañana siguiente, Bernadette fué presentada a la Superiora de las Hermanas de la Caridad de Nevers.

—¡Es usted la nueva postulante que

llegó anoche de Lourdes?—preguntó la Madre, que tenía un hablar dulce y una mirada húmeda de ternura para todas sus hijas.

—Sí, Madre Superiora.

—¿Cómo se llama?

—Soubirous... Bernadette Soubirous.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Acabo de cumplir las veinte.

—¿Qué sabe usted hacer?

—¡Oh, muy poca cosa, Madre! Nunca he servido para nada extraordinario—replicó Bernadette con aquella su humildad admirable que la hacía sentirse la más ínfima de todas las criaturas.

—En el mundo... ¿qué hubiera querido ser?

—Creo que sólo hubiera servido para muchacha de servicio.

En aquel momento entró otra religiosa y la Madre Superiora, presentándola, le dijo a Bernadette:

—Esta es la Madre Maestra de Novicias, que cuidará de guiarte y educarte en nuestra Santa Regla. Esta es Bernadette Soubirous, la nueva postulante.

Bernadette fijó sus ojos en la Maestra de Novicias y se encontró con la mirada dura y severa de Sor María Teresa.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo—dijo ésta, sin dejar de mirar duramente a la niña.

—La nueva postulante trabajará desde mañana en la cocina—dijo la Madre Superiora—. Lavará los platos, barrerá los suelos, fregará los pasillos, en fin, hará todas las tareas que sea necesario hacer, en el bien entendido de que no le modo que lo haga, sino que únicamente se lo propongo... Si hay algo en estos trabajos que le repugne, física o moralmente, dígalos con con-

fianza, porque se le asignarán otros menos penosos.

—¡Oh, no, no, Madre Superiora, estoy muy contenta de poder trabajar en la cocina!—afirmó Bernadette sonriendo.

—Muy bien. Sor María Teresa le enseñará su celda.

—Madre, si usted me lo consiente, quisiera hacer una observación—dijo Sor María Teresa—. La postulante lleva un nombre que ha sonado mucho en el mundo y del que se han ocupado grandemente... Los grandes nombres mundanos no convienen en el claustro... Además, Bernadette es un diminutivo cariñoso o infantil... Creo que la postulante debería cambiarse el nombre, para olvidar toda vanidad mundana.

—Me parece muy bien—asintió la Madre Superiora, cuya dulzura y bondad contrastaban con la rígida dureza de la Maestra de Novicias—. ¿Tiene la postulante elegido algún nombre para el claustro?

—No, Madre, no había pensado en ello.

—¿Cómo se llamaba tu abuelita?

—Bernarda.

—Bien; quizá te guste, pues, llamarte María Bernarda, hija mía. San Bernardo fué un gran amigo de la Santísima Virgen y a ti la Santísima Virgen te ha bendecido...

La Maestra de Novicias acompañó a la que ya se había convertido en Sor María Bernarda, a la celda que le estaba destinada: cuatro paredes que encerraban un estrecho recinto en el que había un catre, un reclinatorio, una silla y un Crucifijo clavado en el muro.

Bernadette pasó su mirada entristecida y sería por aquella reducida habi-

tación que desde aquel instante iba a ser su refugio, y pensó en los altos montes que rodeaban su ciudad natal, en Lourdes querido, en los anchos horizontes que se vislumbraban desde cualquier calle del pueblo, en las colinas verdientes y en aquella maravillosa libertad de que gozaba en su casa, y sintió que un nudo le ahogaba la garganta y que las lágrimas cublaban sus ojos.

—¿No te gusta esta celda?—le preguntó Sor María Teresa.

—¡Oh, sí, Hermana, sí; me gusta mucho!—replicó Bernadette, volviendo en sí de la abstracción en que se había quedado.

—Te acostumbrarás pronto a nuestra vida, María Bernarda. Un convento no es una cárcel. Aquí no se obliga a nada por la fuerza: todo se hace por amor; y la única fuerza que obliga es la fuerza del amor a nuestro Dios. Si la virtud de la obediencia fuera para ti demasiado dura o demasiado rígida, siempre encontrarías la puerta abierta para volver al mundo... Buenas noches, María Bernarda.

—Buenas noches, Sor María Teresa—contestó Bernadette, sintiendo un gran alivio cuando la puerta se cerró y se quedó a solas en su habitación.

Desde aquel día se dedicó a los más duros quehaceres. Sor María Teresa la vigilaba de cerca y no la dejaba descansar, pero en los labios de Bernadette jamás asomó ni una protesta, ni un reproche, ni siquiera hubo un gesto de cansancio en sus miembros entumecidos por las largas horas de rudo trabajo.

Si alguna vez se quedaba pensativa, o ausente, allí estaba Sor María Teresa para preguntarle, con aquel acento ta-

jante que a otra cualquiera le hubiera helado la sangre en las venas:

—¿En qué estás pensando, Hermana?

—En mi familia.

—Aquí debemos olvidar todo lo que en el mundo dejamos. Debemos vivir reconcentradas en nosotras mismas, para darnos por entero a Dios. Hay que atajar todo sueño o divagación.

—Sí, Hermana—decía la niña, volviendo a su trabajo con más ahínco.

Un día fue mucho más doloroso lo que Sor María Teresa tuvo que decir a Bernadette.

—María Bernarda—la llamó, llevándola a su celda y haciéndola sentar ante ella.—Hija mía, hoy Dios te pide un sacrificio, un gran sacrificio. Sé por experiencia que se puede renunciar a todo cuanto nos liga al mundo, a todo menos a la familia. El amor que un hijo siente por sus padres no hay nada que lo pueda romper...

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a mi padre?—preguntó Bernadette, ansiosa, comprendiendo lo que Sor María Teresa trataba de indicarle.

—No, hija mía... Ha sido tu madre la que ha fallecido, confortada con todos los auxilios de nuestra Santa Religión.

—¡Mamá...! ¡Mamá...! ¡Mamá...!—sollozó Bernadette, cubriéndose el rostro con las manos, aquel rostro emmagüe y pálido que fácilmente podían cubrir sus manos chiquitas.

—Vamos, hija mía, resignación... No hay que decir que hoy estás exculpada de todas sus obligaciones... Si quiere estar sola, puede permanecer en su celda, rezando para que Dios la conforte en su dolor... Pero la soledad es mala consejera, María Bernarda... En esta hora de prueba, ha de demostrar todo

el valor de su alma. Su mamá ha muerto... pero para nosotros, cristianos, la muerte es vida... Nuestro Salvador, al morir en la Cruz, resucitando gloriosamente al tercer día, nos enseñó que la muerte es resurrección... Demuestre su fe inquebrantable en esta gran verdad... demuestre a sus hermanas que su nombre no es únicamente el nombre de una chiquilla que va de boca en boca de gentes ignorantes, sino que es el nombre de toda una mujer, capaz de llegar al máximo sacrificio. Venga con nosotras al recreo... y deje que su fe convierta sus lágrimas en una dulce alegría... Créame... Como Maestra de Novicias estoy encargada de forjar su alma en el dolor y el sacrificio... Creo que mi consejo es bueno para usted... ¿Vendrá al recreo?

—Sí, Hermana, voy con ustedes al recreo—replicó Bernadette, secándose en llanto y dejando que una sonrisa celestial se dibujara en sus labios pálidos como dos pétalos de rosa marchita por el vendaval.

Pasados unos días, cuando todas las novicias paseaban por el amplio patio, leyendo en el libro de rezos sus oraciones del mediodía, la Madre Superiora hizo notar a la Maestra de Novicias que María Bernarda cojeara.

—Sí, Madre, lo he notado; pero yo creo que esa niña tiene siempre la idea fija de llamar la atención de un modo u otro a los que la rodean. Voy a hablar con ella seriamente. ¡María Bernarda!—llamó.

La novicia se acercó humildemente a ellas y esperó que le dieran sus órdenes.

—María Bernarda, necesito hablar con usted.

—¿Puedo terminar mis oraciones?—inquirió Bernadette.

—Lo que voy a decirle es tan importante para su alma como la misma oración. Sígame. Hablaremos en su celda.

La hizo sentar en la única silla que había en la celda y le preguntó:

—Hace tiempo que vengo notando que cojeas un poco, ¿qué le pasa?

—¡Oh, no es nada, Hermana!—acortó Bernadette, quitando importancia a aquel dolor que desde hacía muchos días le roía los huesos de la pierna.

—¡Ya...! Es que el cojear despierta la simpatía de las demás hermanas, se hace todo cuando se tiene una carita ingenua y una expresión inocente.

—Pero yo...—quiso interrumpir Bernadette.

—Nos conocemos demasiado, María Bernarda. Te gusta llamar la atención. En el mundo conseguirás hacerse célebre. Desde todo Francia irán a verte y venerarte, como al fuera una santa... Pero aquí eres una de tantas, vives en el anonimato, y esto se te hace difícil... Por eso te ha tentado el diablo haciéndote cojear, para darte importancia y lograr que las demás Hermanas te admiren por tu abnegación y tu sacrificio.

—¡Pero, Hermana..., yo nunca he dicho ni he hecho nada para llamar la atención! Yo no deseo nada más que ser una simple Hermana, sin que nadie se fije en mí...

—Dudé de ti desde el primer día, María Bernarda; y sigo dudando. No tengo fe en ti.

—Jamás le he dicho ninguna mentira—aseguró Bernadette con cándida entonación.

—He querido creerle, he hecho lo-

dos los esfuerzos que he podido para creerle, pero no puedo... ¡No puedo! —exclamó Sor María Teresa con una desesperación sorda en su voz.

—¿Pero qué es eso que no podéis creer?

—Lo que ha despertado la fe en el mundo entero... menos en mí...

—¿No creéis en la "Señora"?—preguntó Bernadette.—¡Oh, pero yo la he visto! ¡Yo he hablado con Ella!

—Todos... todos lo creen... Incluso nuestro Santo Padre... ¡Pero yo no puedo, no puedo creerlo!—insistió Sor María Teresa, angustiada, sintiéndose el alma desgarrada por aquella falta de fe.—¿Qué sabes tú de la vida? ¿Qué sabes tú del dolor y el sufrimiento?

—Nada... —replicó Bernadette ingenua y humilde.

—En toda nuestra Historia Sagrada, todos los elegidos de Dios han sido gentes a los que el dolor ha ungido, que han sufrido todas las privaciones y todas las angustias, que han renunciado a todo, que han macerado su cuerpo y han estrujado su espíritu. ¿Por qué, pues, Dios te ha de haber elegido a ti y no a mí para sus fines?

—No sé, Hermana—dijo la niña, mirando con sus grandes ojos inocentes los ojos encendidos y dolorosos de Sor María Teresa.

—¿Yo sé lo que es sufrir! Mira mis ojos... ¡En ellos está encendido el fuego del infierno de dudas y de temores que me corroen el alma! Mira el cerco amoratado que los circunda... Son las vigiliat, los ayunos, los sacrificios que vengo haciendo día tras día, hora tras hora, desde que me entregué a Dios como mi único Bien. Mi garganta está seca por las constantes oraciones que de ella se escapan. Mis manos parecen

sarmientos, porque se han dedicado a los trabajos más duros. Mi cuerpo se ha vuelto de mármol o de granito, porque he torturado mi carne hasta dominar y anular todas sus pasiones... Y he hecho todo esto porque sé que sólo el camino del dolor y del renunciamiento puede conducir a la Gloria Celestial... Y yo, que me he torturado, que me he vencido, que me he aniquilado, jamás he conseguido una gracia especial de la Virgen... ¿Cómo puedes tú, en tu simple sencillez, incapaz de sacrificio ni de renunciamiento, haber visto a la Santísima Señora?

—Hermana... no sé por qué he sido yo la elegida, es verdad... Usted es mil veces mejor que yo... ¡No sé por qué la "Señora" me habló a mí!—suspiró Bernadette, apenada de aquella angustia mortal que se reflejaba en el rostro de Sor María Teresa.

—¡Ah... si al menos pudiera tener una prueba! ¡Una sola prueba de que lo que dices es verdad! ¡Ah... si pudiera arrancar de mi corazón estas dudas que lo torturan! ¡Si pudiera librar a mi alma de los monstruos que la corroen! ¡Ah, hermana, hermana, por favor... dame una prueba, una sola prueba de que es verdad todo lo que has dicho!

—Quisiera poder ayudarla, Hermana... Veo lo mucho que sufre usted y quisiera poder ayudarla, pero... Repetire, quizá, quizá logre ayudarla... si le enseño la causa de mi cojera... —dijo Bernadette, sonriendo, mientras alzaba la tosca saya del hábito monacal y mostraba una honda llaga, purulenta y amoratada, que descarnaba gran parte de su pierna.

Un grito ahogado de Sor María Teresa que corrió desolada a avisar a la

Madre Superiora, fué toda la contestación que en aquel momento pudo dar la Maestra de Novicias a la sencilla postulante.

El médico examinó larga y detenidamente aquella úlcera. Cuando salió de la celda, acompañado de la Superiora y de Sor María Teresa, contestó, a la mirada interrogadora que ambas le dirigían:

—Tiene, además del tumor que le invade toda la rodilla, tuberculosis ósea. ¿Nunca se había quejado hasta ahora?

—No; jamás se había quejado. Jamás se ha quejado ni ha dicho lo que tenía en la pierna... Sólo una casualidad me hizo descubrirlo — murmuró Sor María Teresa.

—Es incomprendible... Su mal debió manifestarse desde hace muchos meses; y los dolores que esta enfermedad produce son insuportables. No comprendo cómo ha podido soportarlos sin una queja.

Sor María Teresa sintió que un bozo se le quebraba en la garganta y corrió a la Capilla, a postrarse a los pies del Señor. Toda su soberbia, toda la dureza de su alma, se deshacía en una lluvia benéfica de lágrimas y sordos. Se sentía culpable, pero al mismo tiempo, sentía como si el mismo Dios fuera consolando su alma, angustiada hasta entonces por la duda, por la vanidad, por aquella rectitud que ella se había impuesto sin saber comprender, hasta entonces, que la bondad está basada en el amor, y que el amor no es rigidez ni severidad, sino ternura, mansedumbre, suavidad. Y lloraba, lloraba con todo el dolor de su corazón.

—¡Oh, Señor, perdóname! Quise forzar las puertas del Cielo, con mi sa-

crificio, con mi inquebrantable rigidez hacia todo lo que fuera humano... y no supe ver que "muchos son los llamados y pocos los elegidos", como Vos mismo dijisteis. Y no supe ver que Vos amabais a los humildes, a los sencillos de corazón, a los pobres de espíritu, a los que padecen hambre y sed de justicia, a los limpios, a los puros, a los inocentes, a los niños... ¡Y no quise creer en Bernadette... porque mi alma estaba llena de odio y de envidia! ¡Pero ahora os doy gracias, Dios mío, os doy gracias por habérmela confiado! Desde hoy será su sierva, su esclava... ¡Dios mío... perdóname! ¡Perdóname...!

Y como ante el Tribunal Divino el dolor de un pecador es el que halla gracia en sus dictados, Sor María Teresa sintió cómo la gracia de Dios caía sobre ella y cómo su corazón se sentía invadido por la dulzura inenarrable del perdón.

Desde aquel día Sor María Teresa cedió a Bernadette con la misma ternura con que hubiera cuidado a su propia hija. Era para ella la niña mimada, la criatura a la que dedicaba todos sus desvelos y no consentía en que nadie, más que ella, transportara a la enfermita de un lado a otro del convento. Ella la cogía en sus brazos, como si fuera una niña, y la llevaba de la celda al jardín, del jardín al refectorio, del refectorio al patio de recreo; y le molía los almohadones y le colocaba el sillón en el rincón más agradable y umbrío en verano, en el más lleno de sol y recogido en invierno.

Pero Bernadette, día a día, iba enflaqueciendo hasta pesar menos que una pluma. Su cuerpecillo, siempre flacucho y menudo, parecía iba a quebrar-

se como el tallo de una flor que el vendaval trochcha. Su rostro estaba pálido y transparente y sus ojos tenían la luz de la calentura reflejada en ellos. La enfermedad, lenta pero ciertamente, la iba minando, y en su alma, ingenua y pura, iba creciendo el ansia del más allá, de aquel más allá en el que la "Señora" le había prometido una felicidad eterna.

—Hoy parece que estás más animada, Hermana María Bernarda—le dijo la Superiora una tarde en que, después de la comida, Sor María Teresa la había colocado en el sillón que le tenían reservado en el salón donde las Hermanas tenían su hora de labor y de recreo.

—Sí, Madre Superiora, estoy mejor—sonrió Bernadette con aquella su sonrisa celestial.

—Sor María Teresa y yo hemos pensado que quizá te sentirías con fuerza para emprender un viaje...

—¿Un viaje?—inquirió Bernadette, abriendo mucho aquellos ojos llenos de ternura y de asombro al mismo tiempo.

—Sí... podrías hacerlo por etapas para que no te resultara tan fatigoso... y así llegar hasta Lourdes... ¿Quién, mejor que tú, puede ir a implorar la gracia de la Santísima Virgen, bañándose en el agua milagrosa de su gruta?

—No, Madre... no puede ser—replicó Bernadette con una seriedad que no le era habitual.

—¿Por qué?

—Porque el manantial no es para mí.

—¿Por qué el manantial no ha de hacer en ti el milagro, como lo hace en tantísimos enfermos?—insistió la Superiora.

—El Manantial no es para mí, Madre—repitió Bernadette.

—¿Te lo dijo la "Señora"?

—La "Señora" me dijo que no podía prometerme la felicidad en este mundo, sino en el otro... El manantial no es para mí...

Y el manantial no era para ella, en efecto, porque desde aquel día su salud empeoró hasta el punto de que no podía moverse, sin grandes dolores, y de que su cuerpo iba quedando tan anquilado por el sufrimiento que casi no se dibujaba bajo el tosco hábito monacal.

El médico anunció a la Superiora que era de temer un próximo fin. Y la Reverenda Madre envió aviso al Obispo de la Diócesis que deseaba hacer un último interrogatorio a aquel ser privilegiado antes de que emprendiera su vuelo definitivo a su verdadera Patria.

Congregóse toda la comunidad en el gran salón que daba al jardín, en el salón donde tantas tardes Bernadette había estado con sus Hermanas, tomando el sol dulce del invierno que atravesaba los grandes ventanales.

El señor Obispo, con todo su séquito, también estaba allí y, en unas angarillas, condujeron a Bernadette que casi ya no tenía ni alientos para hablar. Sólo sus grandes ojos daban señales de aquella honda vida interior que siempre los había iluminado, y sus labios se entrecubrían en una sonrisa beatífica que parecía decir que ella ya estaba en el Cielo.

—Sor María Bernarda, hija mía—le dijo el señor Obispo, acercándose a ella con una paternal solicitud—. El Tribunal Eclesiástico que juzgó tu causa, quisiera hacerte aún un interrogatorio

para dejar terminada toda su protocolización. No queremos fatigarte, hija mía. Leeremos todo cuanto declaraste entonces y tú sólo tendrás que decir si confirmas hoy aquellas declaraciones. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, Eminencia... —respondió, con un hilillo de voz, Bernadette.

El juez especial leyó todo el informe que Bernadette iba confirmando:

—Sí... vi a la Señora surgiendo de la roca...

—Sí... la vi... la vi... la vi... —iba repitiendo a cada nueva pregunta que se le dirigía.

Y cuando el interrogatorio hubo terminado, Bernadette besó el anillo del señor Obispo, que la bendijo, sonriéndole dulcemente.

Dutour y Jacomet habían sido destituidos a raíz de la reapertura de la valla de Masabiel por orden del Emperador.

Algunos años permaneció ausente de Lourdes el Fiscal de Su Majestad, señor Dutour, aquel que nunca creyó ni quiso creer en los milagros de la Virgen y que siempre se había burlado de las visiones de aquella niña a la que él tenía por idiota.

Y cuando volvió, encontróse con los amigos de siempre; el doctor Dorous, el Padre Peyramale, Lacade, en fin, todos los que con él habían discutido y hablado largamente del milagro de Masabiel, de las apariciones de la "Se-

ñora", de las palabras de Bernadette.

—¿Lamenta encontrarse de nuevo aquí, después de cinco años de ausencia, para comprobar que todo aquello que todos creíamos no era más que una superchería, es una maravillosa realidad?—le dijo el Padre Peyramale que era el más entusiasta propulsor de la devoción a la Virgen de Lourdes.

—No, Padre... Ahora que vuelvo aquí me doy cuenta de que esto es un verdadero paraíso... La Basílica es una maravilla, la ciudad se ha vuelto populosa; miles de personas pululan por las calles y se congregan en la gruta todos los días... ¿De dónde vienen todos esos ignorantes?—preguntó Dutour con su escepticismo que no había abandonado.

—Vienen de todas las partes de la tierra—le contestó el doctor Dorous—Vienen atraídos por su fe inquebrantable; vienen porque están desesperados y buscan consuelo; vienen porque algunas veces hay una curación milagrosa y todos esperan que sea para ellos este don... Ayer mismo, acudió a la Gruta una pobre mujer con un lupus tuberculoso en la cara... De pronto se dio cuenta de que la nariz y la boca volvían a estar en aquel lugar donde pocos instantes antes no había más que una caverna llena de podredumbre...

—Perdón, doctor, no soy un pastor ignorante del Pirineo y permítame que no crea en sus palabras—repuso Dutour con una risa sarcástica.

—En mi despacho tengo fotografías de antes y después del milagro... Puede pasar a verlas—dijo el doctor con apasionamiento.

—No se esfuerce, amigo mío—intervino el Padre Peyramale—. El caso de

no es necesaria ninguna explicación; la Virgen de Lourdes se ha discutido durante todos estos años y seguirá discutiéndose de generación en generación... Para aquellos que creen en Dios para aquellos que no creen en Dios no hay explicación posible...

En aquel momento un hombre se acercó al Padre y le entregó una carta que se acababa de recibir en su casa con sello de urgencia.

—Gracias—dijo el Padre Peyramale, abriendo el sobre y hallando la estampa que entregó a Bernadette el día que salió del pueblo para ir a encerrarse en el convento de las Hermanas de la Caridad.

—Me perdonarán... Hay algo urgente que me reclama—dijo, asludando a sus amigos y marchando precipitadamente, puesto que si Bernadette le enviaba la estampa era que le necesitaba, y si le necesitaba era que estaba en trance de muerte...

Dutour y el médico continuaron hablando. A cada momento Dutour tenía que hacer un alto en la conversación, porque una tos convulsiva le destruía la garganta.

—¿Hace tiempo que le aqueja esa tos?—preguntó el médico.

—Sí, hace algún tiempo, pero estaba notablemente mejorado... Sólo desde que he llegado a Lourdes me siento mucho peor... ¡Es una de los milagros de vuestra Virgen!—exclamó el incrédulo Dutour, riéndose burlescoamente.

—No se ría usted... No sea que luego abandone Lourdes con el corazón grueso de tristezas...

—No será a mí al que le pase semejante cosa. ¡Estoy deseando marcharme de aquí! Me enerva comprobar

la cantidad de gente ignorante que hay por el mundo.

El doctor Docous movió la cabeza, pero no replicó. Interiormente pedía a la Virgen la curación del cáncer que Dutour tenía en la garganta y la salvación de su alma perdida en las sombras de la incredulidad.

El Fiscal de Su Majestad salió a la calle y se encontró arrastrado por la multitud que se encaminaba a la Gruta. Anochece. Una densa muchedumbre marchaba, con antorchas encendidas, llevando a sus enfermos hacia el milagro del agua. Dutour fué con ellos. Los cantos subían por el aire y se confundían en el cielo en una ola armoniosa:

"¡Ave... Ave... Ave... María...!"

Frente a la gruta, peregrinaciones de todos los países se hallaban congregadas, y en todos los idiomas se elevaban al Cielo las letanías de la Virgen, en un acento de apasionado fervor.

—Santa María... ¡Ruega por nosotros.

—Madre de la Divina Gracia... ¡Ruega por nosotros!

—Madre Purísima... ¡Ruega por nosotros!

Y así seguían alzándose al cielo las voces, implorando piedad. Dutour miró a su alrededor.

—Soy un extraño en medio de esta muchedumbre fanatizada—se dijo—. No soy como esos centenares de miles de personas que saben rezar con fe ciega... Yo no sé rezar. Mi orgullo se ha interpuesto siempre entre los que creen y yo... El orgullo es sentina un ser superior a ellos... Pero ahora pienso que acaso sean ellos los que tengan razón... Un cáncer consume mi garga-

ta y me tiene sentenciado a muerte...
¡Si yo supiera rezar!

—Salud de los enfermos... ¡Ruega por nosotros!

—Consuelo de los afligidos... ¡Ruega por nosotros!

—Refugio de los pecadores... ¡Ruega por nosotros!

—Salud de los enfermos... Consuelo de los afligidos... Refugio de los pecadores... —repitió, inconscientemente, Dutour, que había llegado frente a la Gruta y miraba ansioso a la imagen de María que, desde lo alto de la roca, parecía fijar en él sus ojos de Madre Amantísima.

—Auxilio de los cristianos... ¡Ruega por nosotros!

—Reina de los Angeles... ¡Ruega por nosotros!

Dutour se cogió fuertemente a la verja que separaba la Gruta de la masa del público, y sin notarlo, sin darse cuenta de lo que hacía, hincó su rodilla en tierra:

—Todos los que me rodean tienen fe... Y yo estoy aquí, con el cáncer que me robó... y mañana estaré muerto, sin una mano amiga que me cierre los ojos y que reze por mí... Moriré solo, como he vivido... porque no he querido a nadie más que a mí mismo. No he querido a nadie... ni a nada... No he tenido fe ni en Dios ni en los hombres... ¡Por eso me siento ahora solo, infinitamente solo y abandonado...!

Volvió a fijar sus ojos en los de la Virgen, y del alma le subió un grito de angustia, un grito en el que vibraba la fe que, milagrosamente, brotaba de su alma como un día brotó de las manos de la pequeña Bernadette aquel manantial de agua milagrosa:

—¡Bernadette... ruega por mí! ¡Sa-

lud de los enfermos... ruega por mí!
¡Consuelo de los afligidos... ruega por mí!

Sus ojos se nublaron y gruesas lágrimas invadieron sus mejillas. ¡El milagro estaba realizado! Dutour no sabía si el cáncer de su laringe estaba curado. Pero sentía que el cáncer de la incredulidad, del escepticismo y de la maldad que corroía su alma, quedaba sanado por aquellas lágrimas de sus ojos que eran, para su espíritu, el Manantial Milagroso de la Gruta de Massabiél... en que no había querido creer hasta ahora que la fe le despertaba de su ceguera y le hacía ver todo el valor de esperar en Aquel que es el premio de nuestros males y el refugio de nuestros dolores.

...

Casi al mismo tiempo que en Lourdes tenía lugar la conversión de Dutour, en el convento de las Hermanas de la Caridad, Bernadette sentía también la gracia de la "Señora" descender sobre ella, llevándole el consuelo, antes de morir, de la visita del Padre Peyramale.

—¡Oh... Padre... gracias por haber venido! Quería decirles que nunca, nunca os menté...

—Lo sé, hija mía. Sé que tus labios jamás mintieron...

—Me han preguntado una y otra vez. Me han vuelto a preguntar. No quie-

ren creer en lo que digo... y yo digo que la vi... que me habló...

—Lo sé, hija mía, lo sé... La viste y volverás a verla...

—No sé, Padre. Tengo miedo de no haber sufrido bastante para merecer esa Gloria—replicó Bernadette con una triste sonrisa.

—Hija mía, has sufrido mucho y te has ganado, con tu sufrimiento, la Gloria Eterna, de la que gozarás ahora por eternidad de eternidades.

—¡Oh, no... Padre, no! Ahora ya sé lo que es estar enferma... y le aseguro que siempre se exagera un poco acerca de los sufrimientos que padecemos. Nuestros dolores no son tan terribles como quieren suponer. Se pueden soportar muy bien...

—Sí, mientras tengamos puesta nuestra esperanza en el más allá—corrobora el Padre Peyramale.

Bernadette pareció quedarse traspuesta. Peyramale se acercó a ella, creyendo que su espíritu había abandonado ya la frágil envoltura del cuerpecillo diminuto que apenas era una línea sobre la cama.

—¿Te sientes peor? —preguntó Sor María Teresa, que no la abandonaba ni un solo momento.

Bernadette abrió los ojos:

—¿Qué día es hoy, Hermana?

—Miércoles.

—¿Miércoles? ¡Mañana jueves! ¡Mañana vendrá la Señora a buscarme!... ¡Pero, no, no vendrá hasta aquí!... ¡Nunca más volveré a verla!

—Sí, hija mía, sí. La verás otra vez y para siempre —le dijo Peyramale, hablándole al oído para que pudiera oírle, porque ya sus facultades se iban perdiendo y la costaba trabajo pronun-

ciar las palabras y apenas sabía qué era lo que le decían.

—¡Oh... Señora... Señora!... —murmuró en un hilillo de voz, la enferma, sonriendo a la visión celestial.

Las Hermanas y el Padre comensaron a rezar las paces de los agonizantes, sobrecogidos por la presencia de algo sobrenatural que ellas sólo podían contemplar en la expresión inefable del rostro de la moribunda.

—¡Señora... Señora... Señora!... ¿Dónde está? ¡Ah... se ha marchado ya!... —suspiró Bernadette, que había visto a la Santísima Virgen tenderle sus brazos maternales y sonreírle con infinita dulzura, invitándola a las delicias de la Eterna Bienaventuranza.

El rezo del Padre y de las Hermanas era como un murmullo. Bernadette se dormía placidamente arrullada por las palabras santas que el sacerdote pronunciaba lentamente:

—Santa... María... Madre... de Dios —murmuraba Bernadette, casi sin voz, queriendo seguir el rezo de sus Hermanas.

Y luego volvía a un delirio, diciendo:

—No he sufrido bastante... y no la volveré a ver más...

Con un esfuerzo continuaba rezando:

—Ruega... por nosotros... pecadores... ahora... y en la hora... de nuestra...

Se entreabrieron sus labios en una inefable sonrisa:

—Sí, Madre Mía... te amo... —susurró.

Y en silencio se inclinó sobre el pecho, en el último suspiro que la "Señora" había escuchado a recogerla.

LA CANCIÓN DE BERNADETTE

El Padre Peyramale fué el primero en darse cuenta de que todo había acabado. Bendijo, en una última absolución, a aquella criatura privilegiada, y le dijo, como si aun pudiera oírle:

—Ahora, Bernadette, estás ya en el Cielo y en la tierra. Tu verdadera vida empieza ahora. No olvides a los

pobres pecadores que en ella quedamos y que hemos tenido fe en ti...

Y como coronando aquellas palabras, ante la Gruta de Lourdes se elevaban miles de voces cantando a la Madre de Dios el himno de eterna alabanza:

"¡Ave... Ave... Ave... María!"

FIN

EDICIONES BISTAGNE

**publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas**

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona

Obi. Froude Rocks

4/01



Cubierta F. G. J. SOLER
Presidencia, 40 - Barcelona